

BIBLIOTECA

Esteban Emilio Mosonyi

Reflexiones críticas en torno al Caribe




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

BIBLIOTECA ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Reflexiones críticas en torno al Caribe

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Reflexiones críticas en torno al Caribe



1ª edición en Ministerio de Educación y Deportes, 2006
1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Reflexiones críticas en torno al Caribe

© Esteban Emilio Mosonyi

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Deimar Monsalve

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y PORTADA

Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000656

ISBN 978-980-01-2520-5

ÍNDICE

I PARTE

VIGENCIA Y TRASCENDENCIA DEL PENSAMIENTO CARIBE	13
--	----

II PARTE

ACERCA DEL MESTIZAJE EN EL CARIBE	41
--------------------------------------	----

III PARTE

LOS IDIOMAS CRIOLLOS	63
----------------------	----

IV PARTE

¿EXISTEN LAS CULTURAS DEL TRÓPICO?	89
------------------------------------	----

V PARTE

UNIVERSALIDAD Y LOCALISMOS EN EL CARIBE	103
--	-----

*“El Caribe es un lugar idílico
donde cuatro continentes
se trasuntan en mar, trópico y
variedad cultural; más un conjunto
de interrogantes que nadie jamás,
querrá responder”.*

UN CONTERTULIO FUGAZ

SOBRE EL PRESENTE ENSAYO

Este ensayo es un libro del siglo **xxi**, sin pretensiones de un post-modernismo vanguardista y chillón. Sin dejar de lado el indispensable rigor académico, nos alejamos deliberadamente de todo vestigio de positivismo y pedantería pseudo-científica. Nuestro norte ha sido la sinceridad, el compromiso con el tema y los actores sociales que lo encarnan, así como un deseo vehemente de cotejar lo particular con lo universal.

Dentro de una estructura flexuosa, comenzamos con un capítulo de carácter más bien general, suerte de síntesis de amplios campos analíticos. Luego de ese compendio, tuvimos la osadía de extendernos un tanto en varios tópicos que en el presente acaparan nuestro interés. Allí se retoman conjuntos de Ideas, que en su mayoría —aunque no necesariamente— fueron esbozadas en el exordio inicial. Sólo aspiramos a que nuestra obra les abra paso a fructíferas discusiones.

I PARTE

VIGENCIA Y TRASCENDENCIA DEL PENSAMIENTO CARIBE

I

Al hablar de los pueblos y culturas del Caribe se nos viene a la mente un amasijo de ideas, ya que nos encontramos frente a un concepto polisémico de un significado muy difícil de precisar. Incluso para poder tematizar el Caribe, es necesario dilucidar a qué tópicos nos referimos, de qué hablamos. De otra manera pueden surgir muchos malentendidos y los interlocutores no se ponen de acuerdo hasta en cuestiones que deberían ser obvias y de examen relativamente fácil.

En primer lugar, Caribe es el gentilicio de una familia etnolingüística indígena en plena expansión durante el transcurso del primer contacto entre europeos y los pueblos de América. El etnónimo “kari’ña” —nombre de los caribes actuales del oriente de Venezuela coincide totalmente con la palabra “caribe” en sus dos primeras sílabas, siendo su significado fundamental el concepto genérico de “gente”, tan normal en las autodenominaciones de los pueblos indios y de tantos otros a través del mundo. Si nos remitimos al gentilicio “galibi” de la Guayana Francesa, perteneciente a la misma etnia cuya rama más occidental son los mismos kari’ña mencionados —dada la mutua inteligibilidad de sus respectivas variantes lingüísticas—, la semejanza con la palabra “caribe” es tal vez aún mayor. Para tal efecto recuérdese tan sólo la equivalencia fonética de g/k, l/r e i/e, absolutamente normal en muchas familias lingüísticas: lo cual nos permite establecer, sin lugar a dudas, la identidad formal del “galibi” con “caribe”, sobre todo si esto se refuerza con elementos de juicio históricos, geográficos y antropológicos.

La mayoría de los expertos en la familia lingüística tupí-guaraní hacen, a su vez, la asociación con la palabra guaraní *karai*, que significa aproximadamente “señor”; en cuya ayuda acude la forma más larga del tupí *karaiwa*, aún más similar a la palabra “caribe”. No es el momento de discutir la antigüedad del término ni la direccionalidad de su etimología, pero es indiscutible que todos estos vocablos están interrelacionados.

Los caribes, de acuerdo con las observaciones de los cronistas e historiadores europeos que relataron por vez primera ese encuentro, llegaron a suplantar parcialmente otras poblaciones indígenas. Concretamente, había un verdadero enfrentamiento entre un sector de los caribes y algunas parcialidades arawak. En la literatura cronística y misionera, referente a la Conquista, se llegó al extremo de que los caribes fueran tildados de guerreros, belicosos, conquistadores y expansivos frente a unos arawak, supuestamente pacíficos, agricultores, tímidos, recesivos (Cf. Fernández de Oviedo, 1851-1855; Aguado, 1918-1919; Gumilla, 1791; Gilij, 1780-1784; Federmann, 1916; Simón, 1882-1992; Castellanos, 1850). A este respecto conviene tener presentes algunos conceptos del eminente antropólogo e historiador venezolano Miguel Acosta Saignes:

“En las introducciones a las historias de Venezuela, o en esos primeros capítulos que se dedican a los tiempos prehispánicos, el autor despacha a los caribes rápidamente, recordándolos como pueblo feroz, bélico, implacable y antropófago. No examina más procederes, no trata de informarse sobre el lugar que han ocupado en la historia prehispánica de América, no consulta a los especialistas acerca de su cultura total. Ciegamente, con ánimo de encomendero voraz, los califica agria e injustamente, como si se tratase de aquellos urgidos conquistadores que enviaban informes adversos de los indígenas, para cimentar fama de heroicos y preparar las probanzas de méritos, en las cuales aparecerían rodeados de millones de caníbales, traidores, perezosos, arteros y sanguinarios” (Acosta Saignes, 1961: 141).

Como acabamos de ver en esta cita, tanto la arqueología y la etnohistoria como la etnología actual nos desmienten en gran parte toda categorización no solamente simplista sino en muchísimos casos contraria a los hechos. Pero como dato socio-histórico es interesante tomarlo en cuenta, en el momento de deslindar algunos de los significados del vocablo “caribe” y buscar así sus modos de aplicación.

Para corroborar tal idea, sólo hace falta hojear brevemente cualquier estudio medianamente actualizado sobre las etnias caribe realmente existentes y vigentes en la actualidad. Por ejemplo, la serie de buenas descripciones profesionales que se encuentran en los tomos editados por la Fundación La Salle con el título *Los aborígenes de Venezuela* (especialmente los tomos II: 1983; y III: 1998) versan sobre pueblos como los yukpa, los pemón, los panare, quienes por cierto no responden para nada al estereotipo colonial y mitificado que a nivel mundial se ha construido en torno al supuesto “indio caribe genérico”.

Además, no será inútil insistir en que prácticamente toda la literatura historiográfica emanada del período de la Conquista responde a una ideología muy precisa, consistente en deshumanizar y rebajar todo lo posible la figura del aborigen, pintarla como un monstruo con la inocultable finalidad de justificar la conquista material y espiritual de esta población e incluso su matanza indiscriminada. Está como factor agravante la tenebrosa ignorancia y los prejuicios de la época, que juntos terminan por distorsionar hasta lo irreconocible las etnias “vencidas”, por lo que el examen de estos materiales debe realizarse con un espíritu crítico muy acucioso y atento a los testimonios y fuentes actualizados, cada vez más abundantes por fortuna.

Sólo a manera de ejemplo citaremos el excelente trabajo inédito de Álvaro Bolaños titulado *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijao de Fray Pedro Simón*; donde el autor desmonta, pieza por pieza, las perversas arbitrariedades que

ese fraile acumula sobre estos indios de los Andes colombianos, quienes son en realidad una representación emblemática de la resistencia amerindia frente a la conquista europea.

Volviendo al vocablo caribe, hilo conductor de nuestro ensayo, también se presentan formas lingüísticas emparentadas, verdaderos trasuntos de este importante gentilicio. Sabemos que la palabra caníbal deriva de caribe, a través de la forma intermedia caríbal (cf. García de Diego, 1954); al igual que el nombre del personaje Calibán difundido, de un lado, por el gran dramaturgo inglés Shakespeare en una de sus piezas más conocidas, *The Tempest* (La Tempestad). Tiempo después fue acogido por uno de los pioneros de la especificidad latinoamericana, el cubano Roberto Fernández Retamar, autor del celeberrimo ensayo *Calibán* (1974), donde éste reivindica lo espontáneo, lo salvaje, lo no elaborado, es decir, lo propio de las culturas más cercanas a la naturaleza. Con ello, el autor revolucionario cubano se contrapone a cierta sofisticación alienante que se viene imponiendo en América Latina desde afuera y desde arriba, a partir de las sociedades dominantes de Europa y Norteamérica.

En cierta forma, el *Calibán* de Fernández Retamar sería como una antítesis del *Ariel* del uruguayo Rodó, escrito en el año 1900, que defiende una cultura más europea, más apolínea, si bien anti-anglosajona. En todo caso, ambos constituyen exponentes importantes de diversas corrientes del pensamiento latinoamericano.

Afortunadamente, los indígenas caribes originarios han logrado sobrevivir de manera mucho más cabal, en términos cuantitativos y cualitativos, que tal vez la gran mayoría de las familias y superfamilias étnicas del continente americano. Incluso una rama particular de los caribes, identificados hoy como los kari'ña, continúa viviendo en los estados Anzoátegui, Bolívar, Monagas y Sucre de Venezuela, así como en las tres Guayanas no hispánicas: Guyana, Suriname y Guayana Francesa.

Hay claras evidencias históricas de que éstos son descendientes directos de los caribes propiamente dichos, no de las múltiples etnias inscritas en la misma familia pero ajenas a ese largo período de enfrentamiento con el imperio español que dificultó enormemente, y en cierto modo hasta impidió, la culminación de la conquista ibérica del norte sudamericano (cf. Morales Méndez, 1989). Este pueblo caribe ofreció, en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, una feroz y tenaz resistencia a la expansión española y en alianza con británicos y holandeses, ya suficientemente historiada e inclusive esmeradamente analizada por antropólogos contemporáneos y etnohistoriadores como Filadelfo Morales, Nelly Arvelo, Horacio Biord y Marc de Civrieux (Morales Méndez, 1989; Arvelo-Jiménez, Morales Méndez y Biord-Castillo, 1989; Biord-Castillo, 2000; Civrieux, 1976).

La gran epopeya caribe remonta a la Colonia y se prolonga hasta los albores de la Independencia. Es verdad que también llegaron a cometer excesos en la forma de prestarse, dentro de esa colaboración con potencias adversas a España, a la cacería de esclavos arrancados de otros pueblos indígenas. Éstos, en consecuencia, automáticamente se hicieron sus enemigos y hubo durante siglos un temor y hostilidad mutuos entre estos kari'ña y otros indígenas, caribes o no por su lengua, prácticamente diezmados por los kari'ña para ser entregados en esclavitud a los ingleses y holandeses; a cambio de las armas que ellos les suministraban para combatir a los españoles y sus aliados.

A manera de documento fehaciente escuchemos el lamento secular de los indios warao, etnia no clasificada del Delta del Orinoco, quienes conservan hasta hoy en sus canciones el recuerdo de ese holocausto:

“Los ‘caras rojas’ (caribes), los ‘caras rojas’.

Del mar lejano esta vez,
procedentes de las islas,
han llegado.

Nuestra carne buscando,
para manjar suyo,
de nosotros por enfrente
llegando están ahora” (Barral, 1964: 538).

En la actualidad los kari’ña todavía son denominados popularmente “indios caribes”. Hasta hace poco existía entre los propios kari’ña la autodenominación “caribe”, cuando se expresaban en lengua castellana. Al iniciar nuestro primer trabajo de campo en el estado Anzoátegui, la gente no hablaba de kari’ñas sino solamente de caribes, y ellos se referían a sí mismos como los indios caribes. Incluso llegaron a decirme que en Anzoátegui existían dos tipos de indios: los indios caribes que hablan su lengua y los indios criollos que anteriormente la hablaban también, pero que ahora sólo utilizan el español.

Por tanto, la palabra caribe nunca perdió vigencia en el lenguaje popular de Venezuela. El testimonio estriba en formas léxicas al estilo de “caribear”, que significa ser macho, bravo, agresivo, dominante, prepotente e imponer la fuerza bruta. Quizá como compensación dialéctica, tiene también el significado de valiente, resistente; es decir, quien no se deja pisar, quien se cuida de no caer bajo la esfera de dependencia de los demás. Hay una interpretación ambivalente como en tantos otros términos del lenguaje popular.

Ha habido posteriormente una suerte de descrédito propinado a la palabra caribe, por parte de los propios indígenas kari’ña y de otros, incluyendo investigadores sociales. Tanto es así, que en la actualidad es algo difícil denominarlos de esta manera. Tal hecho llegó también a reflejarse en el propio acontecer diario de los

kari'ña. Unos indígenas del Guasey, del mismo estado Anzoátegui, me comentaron en una ocasión que ellos no eran caribes porque no eran peces ni mordían o se comían a la gente. Los caribes –más conocidos como pirañas– son peces de río, mientras que ellos son personas, seres humanos. Ese deslinde realmente no viene al caso, puesto que también la denominación del pez piraña, bajo el nombre de caribe, es una extensión de la supuesta o real ferocidad y resistencia de los caribes frente a los enemigos, y de su capacidad para atacar y sacar provecho de las debilidades de los demás.

II

Con esta introducción de carácter semántico, llegamos a otro uso muy importante de la palabra, que es el nombre del Mar Caribe, también conocido como Mar de las Antillas. Se trata de un espacio marítimo sumamente cerrado por un rosario de islas al Norte y al Este, cuyos lugares habitados constituyen el escenario de importantes concentraciones de poblaciones y culturas muy peculiares. Ellas, durante los últimos años e incluso décadas, han recibido una gran atención por parte del mundo académico y, al mismo tiempo, van obteniendo una relevancia política creciente. A raíz de la sofisticación emanada de tanta información y conocimiento acumulados, hasta se llega a establecer una distinción, más que puramente geográfica y formal, entre Caribe Continental y Caribe Insular.

Los países caribeños de la costa firme serían Venezuela, Colombia y casi todas las naciones centroamericanas –Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala, Belice–, la Península de Yucatán en México. Mientras tanto, el Caribe Insular estaría formado por las Antillas Mayores y las Antillas Menores. Son hispano-hablantes Cuba, Puerto Rico y República

Dominicana, aparte de las islas pertenecientes a los países hispano-parlantes ya nombrados. Hay islas y zonas de habla oficial francesa, pero que en el transcurrir de su vida cotidiana usan con más frecuencia el llamado idioma creole, de superestructura casi totalmente francesa y una gramática *sui generis*, como explicaremos algo más adelante. Es el caso de Haití, Guadalupe, Martinica. De igual modo, es conocidísimo el Caribe anglo-parlante, cuyos exponentes son Trinidad y Tobago, Grenada, Antigua, Barbados y todo un conjunto de islas, donde el idioma inglés se superpone a otro tipo de creole, esta vez de vocabulario y configuración anglosajones.

En realidad, no puede ser propósito de este trabajo ni se plantea como estrictamente necesario enfatizar lo atinente a la geografía física y humana de la región. Nuestra mira prioritaria se enfila hacia determinados aspectos de naturaleza sociocultural, algunos de los cuales ojalá le resulten al lector innovadores, tal vez inéditos. Bien se sabe que la multiplicidad y variedad de tantas entidades insulares harían demasiado difícil y además innecesario emprender una caracterización exhaustiva del mundo caribeño, cada vez más reconocido como de importancia primordial para la humanidad.

Es interesante apuntar que también pertenecen a la Costa Caribe dos países actualmente independientes y uno que busca definir su autonomía. Estos son Guyana, oficialmente de habla inglesa; Suriname de habla oficial e influencia cultural holandesa; y la Guayana Francesa que todavía conserva, al parecer por voluntad propia, su nexo de dependencia con la metrópoli.

Esta breve sinopsis geopolítica nos aclara parcialmente que uno de los leitmotiv en los estudios del Caribe es la cantidad de potencias europeas que han desfilado allí y que han dejado huellas, bien sea con la inclusión de su idioma o por lo menos a través de sus instituciones políticas y aspectos más o menos relevantes de su cultura. Entre estos países figura España, ya que

desde el punto de vista demográfico la mayor parte del Caribe sigue siendo hispanohablante. Portugal tuvo un paso transitorio, pero se nota aún a la perfección en el papiamento de Curaçao, Aruba y Bonaire un estrato lingüístico portugués, que luego fue opacado por el vocabulario español que actualmente es el predominante en esta lengua criolla.

Inglaterra, Francia y Holanda han dejado recuerdos obvios y continúan teniendo nexos oficiales, sobre todo de carácter económico y político, con las islas y las costas del Caribe. Actualmente la injerencia de los Estados Unidos es relevante —no sólo en Puerto Rico— y se nota cada vez con mayor fuerza. Hay que sumar la presencia de un país como Dinamarca que tuvo un momento de aparición en las Islas Vírgenes, pero que después se retiró del escenario. Hoy lo que queda son reliquias de la cultura danesa, y por supuesto nada del idioma danés existe ya en la zona circuncaribe.

Ahora bien, es de observación común, pero fue recogida especialmente por Gabriel García Márquez en reportajes periodísticos algo dispersos, la constatación de que hay una tremenda diferencia entre el Caribe Hispano y el resto del Caribe que nos legaron otras potencias coloniales, concretamente Inglaterra, Francia y Holanda. La divergencia consistiría en el tipo de mezcla cultural, en el carácter del mestizaje y también en una relativa homogeneidad que se da en la parte española frente a una mayor y más ostensible heterogeneidad que subsiste sobre todo en el Caribe de habla inglesa y holandesa, mientras que el Caribe Francés sería como un punto intermedio entre el producto ideológico e histórico de España y las respectivas formaciones que emergen del colonialismo anglo-holandés.

Como se sabe, las sociedades mayoritarias de los países caribeños hispanoparlantes, tanto insulares como costeros, son escenarios donde predomina una alta cuota de mestizaje, entendido en el sentido ortodoxamente vasconceliano del surgimiento de “el hombre cósmico” en año 1925. Pese a las pretensiones

teóricas del proponente, quien ve en su creación el comienzo de una nueva raza humana resultante de aportes procedentes de tres continentes, el mestizo emergente de tal proceso es a veces un producto aparentemente indiferenciado en su ser tendiente hacia lo homogéneo. En él se refleja la supremacía triunfante de la lengua española, junto a una cultura que hasta hace poco se caracterizaba como exclusivamente hispano-mestiza. Mediante una formulación quizá algo simplificada mas no del todo inexacta ni carente de interés, trataríase de sociedades con el “superyo” euro-hispano, el “ego” indoamericano y el “ello”, más que todo, negro-africano. De todas maneras, los aportes amerindios y africanos sólo en los últimos decenios han comenzado a cobrar relieve, a los ojos de propios y extraños, ante los mismos habitantes de estos países y frente al mundo académico que empieza a estudiar esas manifestaciones, a la luz de una óptica distinta y de tinte más diferencial y plural.

Lo que sí es perfectamente evidente en el Caribe hispano es la existencia de un idioma español estandarizado, unas instituciones directamente heredadas de España, un ordenamiento territorial y unas características religiosas, ideológicas, familísticas y muchos otros aspectos de la cultura tanto material como espiritual; que si bien modifican lo ancestralmente español, su vinculación con la Península Ibérica es por demás evidente, tanto en México, Cuba, Puerto Rico. Colombia, Venezuela como en los países centroamericanos, excepto Belice.

En cambio, la situación que se presenta ante todo en el Caribe anglo-holandés es perfectamente diferente. El inglés y el holandés son lenguas de la superestructura política, mientras que los habitantes nativos hablan normalmente lenguas criollas; y esto ocurre también en las islas dominadas por Francia como Guadalupe y Martinica o su ex colonia Haití, sede del idioma franco-criollo más vigoroso. Hay en el Caribe anglo-holandés una diversidad poblacional que se acrecentó con la llegada de

migrantes asiáticos, lo que no sucede sino en medida muy reducida en las áreas antiguamente pertenecientes a España.

Así, podríamos señalar las corrientes demográficas según los países y territorios que existen actualmente en el Caribe, pero para evitar una descripción muy prolongada vamos a mencionar las poblaciones asiáticas provenientes de China, de la India, y la de origen javanés. Ello remonta a las necesidades de mano de obra de las plantaciones que cobran gran fuerza en el siglo antepasado, llega el momento, a partir de los inicios del siglo XIX, en que ni la esclavitud como tal ni la presencia de migrantes forzados africanos o de origen africano es tan rentable ni tan dominante como en siglos anteriores (cf. Corbette, 2001). En cierta forma, los trabajadores contratados o culíes procedentes de Asia —de origen chino, hindú y malayo— van remplazando en las plantaciones, sin desplazarla, a la mano de obra afroamericana.

Es más interesante aún que tanto los nietos y biznietos de africanos como los descendientes de europeos y de los contingentes poblacionales de origen asiático mantienen cierta independencia y coherencia étnicas. Incluso, en parte, siguen manejando sus idiomas de origen. No se ha dado un mestizaje de tanta fusión como en el mundo Caribe hispánico, sino que nos encontramos con etnias que ciertamente se tocan, que tienen relaciones importantes de trabajo y comercio; pero en lo cultural son comunidades básicamente introvertidas, que manejan elementos identitarios propios, hasta de orden religioso. Tal sucede con los descendientes de hindúes y chinos, y en general con las capas migratorias que ingresan en el transcurso del siglo XIX.

De esta manera observamos en el Caribe la presencia y relativo predominio de diversas formaciones étnicas, de acuerdo con su ubicación geopolítica y con sus avatares históricos. Por ejemplo, en las regiones costeras hay comunidades importantes que son descendientes de poblaciones amerindias. En cambio, muy rara vez encontramos —debido a largos genocidios que en

parte culminaron en el primer siglo de la Conquista— amerindios culturalmente identificables en las islas caribeñas, salvo raras excepciones como la de Dominica. Es sumamente llamativa la originalísima cultura —hoy Patrimonio de la Humanidad reconocido por la Unesco— de los ya mencionados garífunas, caribes negros de la costa centroamericana, de raíces amerindias arahuacas y caribes, pero de profunda influencia afroamericana, hasta en los fenotipos de las personas.

En Guyana, Suriname y la Guayana Francesa, los amerindios constituyen etnias de gran vitalidad y con un margen de autonomía fácil de percibir pero muy complejo para administrar. Una población amerindia muy diferente, de carácter netamente mesoamericano, es el contingente maya de la costa caribe mexicana. Su aporte civilizatorio es bien conocido y documentado, además de universalmente apreciado por sus variadísimas manifestaciones de orden arquitectónico, agrícola, astronómico y cosmogónico, que en buena parte han resistido: sobreviven hasta el presente y hoy día van adquiriendo una nueva relevancia, a través de un proceso de resurrección maya casi milagrosa para muchos observadores.

Por otra parte, la presencia de poblaciones de origen africano es casi universal en el Caribe, pero la forma de inserción de estos pueblos y comunidades es muy diferente, según se trate de Colombia, Venezuela, Centroamérica o cualquiera de las islas del Caribe.

Llama poderosamente la atención que, salvo el yoruba implantado en Cuba, las lenguas propiamente africanas hayan tenido muy poco arraigo y vida efímera en el Caribe. La rápida criollización o creolización de los esclavos y sus descendientes fue motivada por la mezcla compulsiva de etnias africanas heterolingües, la prohibición expresa de usar sus lenguas y manifestar sus culturas, así como por la necesidad igualmente apremiante de comunicarse con los amos y con la sociedad dominante en

general. Así, el gigantesco acervo mágico-religioso afroamericano nos fue legado por vías del camuflaje y el encubrimiento a través de símbolos propios del cristianismo europeo (cf. Pollak-Eltz, 1967). No obstante, preferimos no hablar de sincretismo o de culturas híbridas y ni siquiera de mezcla cultural a secas, sino de recreaciones y nuevas creaciones generadas a partir de procesos etnohistóricos muy específicos (cf. García Canclini, 1990).

III

Por muchas y evidentes razones, la observación de García Márquez que enfrenta un Caribe hispano a un Caribe anglosajón o más bien no hispano, hay que relativizarla de manera considerable. Porque tampoco el mestizaje hispano ha conducido a resultados tan radicales, europeizantes y homogeneizantes como se creía, ni es válido decir que en los países caribes que derivan de imperios como el británico o el francés haya un impedimento u obstáculo para crear culturas viables, debido a su excesiva heterogeneidad. No parece recomendable manejar concepciones extremas o dogmáticas a la luz del concepto de sociodiversidad y de la tipología riquísima que presentan las sociedades, sobre todo en un área tan controvertida como el Caribe. En lugar de teorizar sobre este aspecto que nos llevaría muchísimo tiempo, vamos a examinar una región como el Occidente de Venezuela.

Por ejemplo, los estados Zulia y Falcón son típicamente caribeños por su emplazamiento geográfico. Pero el estado Zulia, lejos de ser un mero producto de la hispanización, contiene importantes poblaciones indígenas como lo son los wayuu o guajiros y sus parientes los añú o paraujanos. Ellos son descendientes de arahuacos que no tienen que ver con esa imagen idílica y pacífica que los primeros cronistas presentaron del arawak y, en

general, son bastante diferentes de ese estereotipo. También hay pueblos propiamente caribes en la Sierra de Perijá como son los yukpa y los japrería. Se encuentran incluso en plena etapa de resistencia frente a una colonización violenta que pretende acabar con sus tierras y con sus vidas. En su cercanía se halla un pueblo de origen chibcha que son los barí, vecinos y compañeros de infortunio de los yukpa.

No solamente se trata de pueblos amerindios, sino que el Zulia posee además enclaves culturales de origen afroamericano, como los que se sitúan en el margen sur del Lago de Maracaibo, concretamente en los alrededores de Bobures. Tanto en el estado Zulia como en el estado Falcón hay influencias coloniales no sólo de España sino de Holanda, lo cual se refleja en gran parte de lo que es la actual arquitectura y cultura material. Es muy lamentable que el notabilísimo casco histórico de Maracaibo haya sido derribado por la “picota del progreso”, de modo ya irreversible. Sólo algunos retazos persisten de la parte vieja de la ciudad.

En cambio, vale la pena destacar que la ciudad de Coro fue decretada Patrimonio de la Humanidad, a despecho de que continuamente obtenemos en la prensa noticias de que la siguen destruyendo impunemente. Lo que faltaría por aclarar sería si otras importantes herencias culturales del occidente venezolano, como lo son los lenguas y culturas indígenas y también las creaciones colectivas afroamericanas, serán asumidas definitivamente —y de qué manera— como patrimonio nacional y universal. En tal caso, ¿cuáles podrían ser las políticas del Estado venezolano para contrarrestar las tendencias que van socavando y mermando un conjunto de manifestaciones de tal importancia?

Para citar un caso muy particular, el pueblo añú o paraujaño sigue conservando su modo de vida dedicándose mayoritariamente a la pesca y a la artesanía. Vive en los alrededores de Maracaibo y en el distrito Mara, en sus palafitos tradicionales o levemente retocados. Sin embargo, en lo que atañe a su legado

idiomático, la lengua aún se está perdiendo en forma veloz; de suerte que hoy en día queda apenas una decena de hablantes, todos ancianos, que dominan en forma satisfactoria este idioma, que por cierto presenta muchas analogías con la lengua wayuu o guajira.

Este tipo de realidades nos convence de que no se trata tampoco en el Caribe hispano de esa homogeneidad que Gabriel García Márquez y otros intelectuales pretenden ensalzar como lo único y lo característico, frente a la no deseada heterogeneidad que se sigue manteniendo, por ejemplo, en los países caribeños emergidos del imperio británico, como es el caso de Jamaica, Trinidad y Tobago o Guyana.

IV

Ahora bien, en cuanto a los fenómenos de índole cultural de toda el área del Caribe, hay algunos evidentes que fácilmente se generalizan, que en cierta forma están en los labios de todos, y que la opinión pública mundial reconoce como de rango distintivo. Hay, por ejemplo, la música caribeña, las variantes de toque de tambor, parte fundamental del aporte afroamericano a la creación musical, sobre todo con acompañamiento coreográfico, que tanto abunda y tiene una popularidad tal, que se nos ha venido definiendo como países salseros, pueblos que bailan al ritmo de la música negra. Se ha dicho incluso que cada habitante de las costas caribes se convierte en descendiente ideológico y cultural de las etnias negras en el momento de oír un golpe de tambor, que impregna las manifestaciones festivas y bailables de esta población. Estas son realidades obvias que presentan una importancia antropológica formidable, cual sucede con el mambo, el calipso, el merengue y el mismo bolero. Pero estos

no son los únicos elementos del Caribe que deberían llamarnos la atención y ser sometidos a un examen pormenorizado. Antes que entregarnos a sesudas reflexiones de carácter académico y descriptivo, nos interesa llamar la atención sobre un conjunto precioso de insumos culturales con miras al futuro, en el marco de los planes culturales que podrían adelantar estos países. La verdadera riqueza cultural de la región es mucho mayor de la que podamos imaginar y estemos dispuestos a conceder. Es un tanto inquietante, por ejemplo, que mientras la música afrocubana tenga tantos adeptos, haya otras manifestaciones musicales, sobre todo las de origen amerindio como la música yukpa o wayuu, que nadie conoce y que prácticamente no se reconocerían como propias de esta región.

Por tanto, una de nuestras propuestas en el presente ensayo consiste en hacer estudios sistemáticos e interdisciplinarios sobre el inventario cultural del Caribe, que no solamente abarque aquello que automáticamente nos atrae, que ya se ha difundido y compartido, o que en una forma u otra se ha convertido en amplísimo patrimonio, no sólo regional sino de alcance planetario. El Caribe atesora una cantidad de poblaciones, culturas, idiomas, manifestaciones materiales y no materiales, que deberían divulgarse al máximo a través de investigaciones hechas con profundidad y verdadera pasión, en todos los países del área. Esto permitiría acercarnos al concepto de una verdadera alternativa cultural de carácter regional que se debería acoger y asumir, frente a la penetración de una cultura dominante y homogeneizadora, visiblemente emparentada con el proyecto económico de globalización que maneja el neoliberalismo. A lo largo y ancho del Caribe, lo “obvio” es lo que verdaderamente trasciende y lo que nos sirve para motivar y afianzar los estudios respectivos. Mas no podemos detenernos allí, porque hay diferentes capas de realidades que merecen igual grado de compenetración y

requieren de la misma empatía que las manifestaciones a flor de piel, que hasta ahora han recibido toda la atención.

Otra idea, que inmediatamente surge en relación con esta área sociocultural y política que constituye el Caribe, es que no hay fronteras nítidas y específicas con respecto a otras regiones. Para citar nuestro caso concreto, Venezuela pertenece a la vez a tres grandes áreas bien definidas, cuyas fronteras no se presentan en forma clara e inequívoca. Venezuela es un país caribeño pero también un país andino y amazónico. A veces sería bastante difícil discriminar cuál es el punto en que se inician o terminan esas influencias. Hasta podríamos afirmar que se trata de solapamientos o coberturas parciales, lo cual desde el punto de vista antropológico es normal. En nuestras disciplinas de las Ciencias Sociales estamos acostumbrados a esas realidades que se presentan por matices y gradaciones. Pero para la mayor parte de la opinión mundial es un poco difícil imaginarse ese tipo de divisiones que no sean cartesianas y rígidas, donde no se imponga una delimitación y cuantificación a ultranza que despedace el mundo en fragmentos muy difíciles de reconstruir, ya que se trata de forzar las diferentes partes a oponerse en una forma inmisericordemente antitética.

V

Como nos toca definir en este ensayo, entre otras cosas, la vigencia del pensamiento caribe como alternativa cultural, vamos a tratar de examinar si a partir de estos datos y elementos emerge algún código de pensamiento diferenciado, que nos sirva como instrumento de lucha frente a la imposición de la cultura única que para algunos sectores ya es un hecho. Nosotros percibimos que a pesar de la gran cantidad de culturas

diferenciadas y de los orígenes étnicos que mantienen su perfil propio y que llenan el Caribe, hay no obstante un conjunto de arquetipos y de ideas claves que emerge como una totalidad caribeña. Sin atentar contra la especificidad de las partes constitutivas, ellos nos perfilan al propio tiempo una entidad de índole regional y distintiva que no se confunde con ninguno de los elementos que la componen y en última instancia les da origen y razón existencial.

Por ejemplo, en el Caribe tenemos un sustrato de carácter geográfico y climático como es el trópico, el calor, la exuberancia. Inclusive en sus zonas más desérticas, es una región del mundo donde predomina una tremenda vitalidad que nos viene dada por la naturaleza misma. Hay una vegetación proteica, un entorno biológico que reproduce el impacto de la ondulación, del calor y de la luz. Ello origina manifestaciones y hechos de una gran riqueza telúrica, con un ritmo, una dinámica y un movimiento que evidentemente tienen que ver con la configuración de sus expresiones culturales.

Al hablar de lo sensual y lo corpóreo, también nos referimos a los aspectos mágicos que se desprenden de los paisajes de ensueño y de las amplias ondas meteóricas que recorren estas latitudes. Todo ello ha sido detectado hasta por los turistas que por pocos días permanecen en estas regiones: tal es la atracción que el ser humano extraño a estas latitudes llega a sentir por las tierras caribeñas. Hoy se pretende de la forma más vulgar reducir a los cánones de un turismo de tipo transnacional y comercializado, que va dirigido a la región Caribe, una serie de características espacio-temporales dotadas de una gran especificidad, aún más allá de lo que son las particularidades culturales y los avatares del desenvolvimiento histórico que subraya las diferentes fronteras étnicas de la región.

Es innegable la pertinencia de ese sustrato de carácter espacio-temporal frente a fenómenos como el calor, la luz, la

vibración, el movimiento, el ritmo, la sensualidad, la biodiversidad e incluso la propia diversidad humana o sociodiversidad como parte de este mismo mapa. La inmensa pluralidad de matices, la forma como esa pluralidad convive tanto con los reinos de la naturaleza como con las propias realizaciones humanas, son parámetros que inciden en el disfrute de estos mismos elementos, ya transmutados en música y coreografía, en creación material y espiritual, en oralidad, escritura y conductas cotidianas. Esto trasciende más allá de toda frontera, pero también impregna las diferentes culturas del Caribe, ya sean de procedencia amerindia, ya sean matrices trasplantadas de los países europeos o asiáticos; o la presencia viva de una Afroamérica que parece constituir una especie de factor constitutivo común dentro de las diferentes regiones, así como entre las mismas, a través de la mayor parte de todo este ámbito geopolítico. Es también innegable la vigencia continuada e imperecedera de lo amerindio, incluso en aquellas partes donde el genocidio llegó a exterminar al aborigen americano.

A pesar de ese fuerte sustrato amerindio es no obstante inevitable decir que hoy por hoy, en el terreno más sincrónico del acontecer actual, habría como mayor solidez en cuanto común denominador en las formaciones de origen afroamericano, que confieren cierta unidad y coherencia dentro de la diversidad y heterogeneidad que hoy caracterizan el área caribeña. Incluso en manifestaciones tan distantes entre sí como la salsa, el limbo, los tambores de Barlovento y del Litoral Central venezolano, se nota una continuidad que nos remonta en forma directa, sensitivamente apreciable y presente en la población actual, a un ámbito cultural que no solamente cuenta con reminiscencias sino con una impronta afroamericana distintiva; tal vez más que ninguna otra región del continente americano, con las notables excepciones del Brasil y del sur de los Estados Unidos.

En otro plano, también el realismo mágico constituye una resultante de cierta etapa del quehacer intelectual y estético del Caribe. Si bien no ha tenido una total persistencia hasta nuestros días, el realismo mágico dejó acá, entre nosotros, sus simientes y su testimonio para siempre. Por más que haya modas intelectuales, por mucho que se retorne al realismo o se vaya a formas más barrocas y hasta logofrénicas, ese trasunto mágico, ese mundo de ensueño evocador de interpretaciones que atraviesan todos los reinos de lo fantasioso, va a estar siempre presente en las culturas caribeñas en forma indestructible; aun cuando se pretenda encubrir todas estas manifestaciones y vivencias con un manto neoliberal y tecnocrático, por la racionalidad instrumental deshumanizada y cuantificada o cualquier otro aporte transnacional que pugne por oscurecer estos orígenes y reencarnaciones.

Quisiera señalar, de acuerdo con estos elementos definitorios, que todo ello no se manifiesta sólo como presencia, sino que también los intelectuales de la región han hecho uso de tales arquetipos, han estado inmersos en ellos y van articulando su obra haciendo una utilización muy intensiva o por lo menos notable de estos recursos ambientales y culturales. Nos referimos a creadores como Gabriel García Márquez, el polifacético Premio Nobel colombiano; el cubano Roberto Fernández Retamar, Franz Fanón, de las Antillas Francófonas, políticos con vasta formación académica como Erick Williams, de Trinidad; el gran antropólogo Fernando Ortiz, de Cuba; todo un sector representativo del boom latinoamericano que tiene su asiento y escenario en el Caribe. Ahora se les añade, muy *malgré lui*, el reciente Premio Nobel de origen indo-trinitario Naipaul. Hay una coherencia en esta serie de autores, ya que en todos ellos los arquetipos esenciales aparecen de una manera nítida y bien diferenciada, logrando una especie de contrapunteo entre un momento histórico y otro, entre una escuela de pensamiento o de orientación estética y otra. Abundan igualmente manifestaciones

visuales muy claras y expresivas, que se corresponden con lo aquí señalado, como la estética pictórica de los indígenas kuna con sus molas, los tapices wayuu o guajiros, el singular colorido de la indumentaria maya, la deliciosa pintura de Armando Reverón, todo lo que es la arquitectura y las artes plásticas de países y regiones tan diferentes y sin embargo tan próximos, inclusive complementarios.

Ese entusiasmo o *élan vital*, como diría el filósofo francés Henry Bergson, ese goce de lo natural, de lo tropical, de los factores ambientales y ecológicos inseparables tanto del pensamiento como de la creación caribeña, son para nosotros fuentes de una verdadera alternativa totalizante. Si sabemos administrarlo y planificarlo, sobre todo si no nos quedamos en lo superficial y lo obvio, esto será un perfecto antídoto para la descarga y la avalancha neoliberal que se nos viene encima en estos últimos años y que amenaza con engullir cualquier tipo de diferencialidad y originalidad en las distintas regiones del planeta.

Cuando observamos algunas de las características de esa subcultura capitalistoide y recurso-humanista que subyace a su naturaleza básicamente economocéntrica, encontramos factores como la competitividad exagerada, el individualismo exacerbado, una búsqueda mecánica de ciertos patrones de calidad que deben ser optimizados por determinado tipo de criterios. También encontramos la sobreexplotación de la mano de obra y de los recursos, todo lo concerniente a la deshumanización tecno-burocrática, la exclusión absoluta de los llamados desadaptados o inútiles al sistema. Estos son factores frente a los cuales los grandes comunes denominadores y parámetros identificadores de la cultura caribeña forman un contraste perfectamente evidente y no tan difícil de expresar, inclusive en palabras.

Por ejemplo, frente a la competitividad extrema, el Caribe propone la participación de todos en actos de creación y en el disfrute vital derramado sobre cada uno de nosotros, no tan sólo

en momentos festivos, sino igualmente en el transcurrir diario. Frente al exacerbado individualismo tenemos las comunidades actuantes en cada sector de la cultura caribe, trátase de formaciones de origen étnico americano, asiático, africano, mestizo y hasta europeo. El énfasis en lo comunal y la apoyatura de la presencia étnica están presentes en todas las vertientes del pensar y del sentir cultural caribe. Y eso contrapuntea de un modo inmediatamente perceptible con el egocentrismo personal que se nos pretende imponer desde los países dominantes. También la sobreexplotación de los recursos contrasta con un uso muy diferente y distendido del tiempo, el espacio, la materia y la energía por parte de los pueblos del Caribe.

Nos han tildado de pueblos flojos, apáticos, poco trabajadores, apenas interesados en la producción de bienes. Evidentemente comprendemos que en algún momento pudo haber habido excesos reales e indeseables en esa apatía que se nos endilga. Sin embargo, nos caracteriza —más allá de tales limitaciones pasajeras y productos del colonialismo— un aprovechamiento integral de la vida humana, que para nosotros no consiste solamente en cubrir las necesidades económicas de la supervivencia inmediata, sino en disfrutar a plenitud todos los aspectos de la vida y alcanzar a crear y compartir los matices infinitos de la existencia tanto en un plano estético y ético, como en lo comunicativo, lo vivencial, lo mágico.

Allí vemos que no hay comparación posible entre este nivel y un enfoque puramente economicista y centrado en el trabajo, como pretende enseñarnos el capitalismo puro y sus nuevos brotes neoliberales que pretenden haber acabado ya con la historia, al darnos una receta definitiva de lo que la humanidad habrá de ser el día de mañana. Tenemos frente a la deshumanización de la tecnoburocracia y del capitalismo todo un conjunto de elementos que no hace falta repetir, porque han sido abundantemente citados más arriba.

Por tanto, ya para culminar este compendio, la sociodiversidad caribeña se desenvuelve en un área cultural que tiene manifestaciones orgánicamente comunes. No obstante, está constituida por culturas bien diferenciadas que no se van a disolver en una amalgama única. Serán irrepetibles, específicas y basadas en pequeñas regiones y comunidades durante los siglos que faltan por venir, para crearnos un espacio sociodiverso, un entorno distinto que perfectamente podemos rescatar y revitalizar frente a los embates de una homogeneización que nos amenaza a través de las imposiciones de las grandes potencias, las compañías transnacionales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. También propician tal descaracterización, paradójicamente, las políticas populistas y ultranacionalistas de algunos gobiernos.

Para tal efecto, recuérdese que tanto el fascismo como el stalinismo tratan de reducir toda la problemática de los pueblos a configuraciones ideológicas de un elementalismo delirante, donde se confrontan líder y masa, explotadores y explotados, patriotas y traidores: todo ello sin tomar en cuenta la increíble riqueza y diversidad de lo humano, tanto individual como colectivo. Una versión casi caricaturesca del talibanismo de los extremos se encuentra en los planteamientos del peronista argentino Norberto Ceresole, por desgracia mentor político de más de un mandatario latinoamericano y caribeño (cf. Ceresole, 2000).

Por otra parte, es importante que no nos quedemos varados en un planteamiento únicamente culturalista, sino que insistamos en que también la economía del Caribe ha sido tradicionalmente diversa. Los circuitos económicos autónomos, que tienen una vigencia inmediata para el autoabastecimiento de las poblaciones y el comercio entre micro-regiones, ciudades y aldeas vecinas, habrán de mantenerse como tales frente a la tentación del mercado único y del capitalismo convertido en la medida y el parámetro definitorio de todas las cosas. Es decir, en caso de

que además de nuestra independencia cultural sepamos crear una economía coherente y propia para uso de esta región, habremos salvado no tan sólo lo que históricamente heredamos, sino que podremos ofrecer a la humanidad del presente y del futuro un insumo valiosísimo. El mismo podrá servir de proyecto para el comienzo de un nuevo milenio que deberá ir superando esta etapa crítica, a nuestro modo de ver pasajera, de una imposición neocolonialista y de vocación unipolar a ultranza como son los años signados por el orden mundial neoliberal y globalizante, junto con todos sus congéneres y derivados.

Nos pronunciamos por la vigencia y la trascendencia del pensamiento y la cultura del Caribe para nosotros y nuestros descendientes, así como para el resto de la humanidad. Ésta habrá de tomar de ella las aportaciones que más le interesen, sin sacrificar para nada un solo signo de sus propias especificidades, que al acumularse interactúan y al interactuar y dialogar crean una red de relaciones interculturales mundiales. Lo que es este proyecto Caribe en pequeño, el mundo podrá convertirlo en grande el día de mañana. Así, el Caribe habrá cumplido nueva tarea de su misión universalizadora y particularizadora, como prolongación de la polirritmia de sus percusiones que hieren las largas noches de solsticio, perfumadas de empatía, sinestesia y trance telúrico-cósmico de nuevos cultos y configuraciones de carácter religioso (cf. Fernández, 2000).

VI

De esta manera, creo haber concluido una sinopsis muy panorámica de una diversidad, en modo alguno excluyente de otros temas no tratados, de aspectos constitutivos de lo que pudiera ser mi peculiar y propia aproximación a la problemática del mundo

caribeño, con énfasis muy particular –por tratarse de mi experiencia personal– en ejemplos tomados de la realidad venezolana. En este sentido, creo haber logrado una síntesis más o menos balanceada entre lo objetivo y lo subjetivo, para ser confrontada con otros interlocutores dueños de puntos de vista disímiles o, por qué no, similares. Lo primordial es enriquecer la discusión en este momento crucial para la humanidad y el Caribe.

En lo tocante al resto del libro, éste se dividirá en varios capítulos con sus respectivos subcapítulos, no con el objetivo ambicioso de profundizar por igual en cada tópico suscitado hasta ahora, sino de enfocar algunos puntos de mi propia elección, en lo que considere la posibilidad de ofrecer aportes más originales y tal vez polémicos. Si así fuere, valió la pena haber trabajado.

II PARTE

ACERCA DEL MESTIZAJE EN EL CARIBE

I

Tal como lo expresamos en la sinopsis introductoria, el Caribe constituye una de las partes del mundo en cuyo ámbito el concepto de mestizaje ha tenido mayor uso por parte de científicos sociales, ensayistas, pensadores y comunicadores. Se ha convertido en una suerte de término mágico, una clave para entrar subrepticamente en el corazón de este mundo tan complejo y rico como son las costas y las islas que componen los países caribeños. Casi me atrevo a decir que se utiliza a manera de panacea para resolver nudos gordianos conceptuales y así acabar con dificultades que supuestamente sin esta categoría, sin el mestizaje, serían irresolubles; a donde no se podría entrar de otra manera. Incluso se acude al mestizaje como un comodín sociológico.

Ahora bien, aparte del Caribe, ese mestizaje genérico y universal, casi omnipresente, se emplea igualmente para caracterizar y casi caricaturizar otras grandes formaciones geopolíticas como sería Latinoamérica en su totalidad y ciertos puntos de Oceanía, por ejemplo, Filipinas o las Islas Hawaii. Tal mestizaje es una explicación muy socorrida para cubrir y encubrir un mundo muy rico en fenómenos que presentan una complejidad muy superior, a la hora de enfrentarlo con las armas conceptuales de las ciencias sociales.

En realidad, siempre me ha resultado más bien incómodo trabajar con la categoría de mestizaje, bien sea biológico o cultural. Nadie podría dudar acerca de su existencia o incluso de su conspicuidad, pero hemos albergado serias reservas acerca de su pertinencia teórica y su capacidad explicativa para la realidad de América Latina y menos aún para el Caribe. No obstante, en

modo alguno estamos dispuestos a desechar el término cediendo a la tentación perenne de andar al vaivén de las modas y anti-modas intelectuales. Sea lo que fuere, nos complace sobremanera que hoy día el concepto de mestizaje esté bajo la lupa de un serio debate interdisciplinario y transdisciplinario.

Como para las culturas caribeñas sería, en todo caso, contraproducente prescindir de esta categoría por más que reconozcamos sus evidentes limitaciones, vamos a ser cuidadosos a ese respecto. Es cierto que genéticamente todos los pueblos son mestizos, pero la miscigenación es más intensa y abarcante en unos casos que en otros, y los resultados dependen ampliamente de los factores originarios puestos en contacto. Por ejemplo, las mayorías hispanohablantes de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico proceden innegablemente de un aporte poblacional tricontinental –América, África, Europa– de proporciones variables según cada región y localidad. Mas ello no quita que en Cuba, sobre todo en el oriente cubano, existan enclaves afroamericanos poco mestizados con blancos e indios. Aun así, esos descendientes de africanos tampoco provienen de una sola etnia.

Podríamos señalar, también, que Trinidad y Guyana son más mestizos que casi todo el resto de América por la importantísima presencia de pobladores originarios de la India. Pero, al mismo tiempo, no deja de ser cierto que la miscigenación de estos asiáticos con el resto de las respectivas poblaciones –negros, chinos, amerindios– está muy lejos de ser total o siquiera rápida. Ahora bien, un sentido adicional de la palabra mestizaje podría ser la convivencia y cierta interpenetración cultural entre diversas capas poblacionales, como lo vamos a tratar de reafirmar más adelante en el presente trabajo.

Las complejidades y dificultades de la teorización sobre el mestizaje pueden volverse inmanejables si el analista pierde el norte de su orientación heurística. Vamos a dar un ejemplo adicional. Los garífuna de la Costa Caribe centroamericana

reflejan el propio lexema caribe en los cinco fonemas iniciales de su autodenominación: garif-. También se les dice, hoy menos que antes, *black caribs*, es decir, caribes negros. Sin embargo, su idioma –que algunas comunidades conservan con esmero– es netamente arawak, con algunas incrustaciones del idioma caribe insular que, evidentemente, no logró imponerse por completo. En la composición antropofísica actual de los garífuna y también en su equipamiento cultural predomina ampliamente una fenotipia afroamericana, más que indoamericana. Sin lugar a dudas es un pueblo muy mestizado, mas no por ello similar a otros mestizos caribeños como por ejemplo los jíbaros de Puerto Rico, de ascendencia amerindia e hispana y de cultura típicamente hispanoamericana.

Ante tal cúmulo de hechos contradictorios e interrogantes inacabables que suscita cualquier aproximación al concepto de mestizaje, junto a la imposibilidad de prescindir totalmente de su uso, ¿cuál podría ser el mejor aporte de esta emblemática categoría para la comprensión del Caribe, con todos sus matices y peculiaridades? Nos inclinamos a creer, después de todo, que no es tan cuesta arriba encontrarle su recta aplicación. El Caribe es un lugar geopolítico donde concurren ostensiblemente realidades antropológicas –físicas y socioculturales– de cuatro continentes, en una medida y con una variación mucho mayores que en la casi totalidad del globo terráqueo. La incidencia de cada factor y la génesis de su aparición varían enormemente de un punto a otro de la configuración bajo escrutinio. El resultado emergente podría parecernos al principio básicamente caleidoscópico, más que simplemente sociodiverso. No obstante, a estas alturas del siglo XXI es cada vez más fácil observar la gradual consolidación de culturas distintivas, de origen vario y vinculados entre sí, cuyos portadores desafían los avatares de una globalización rasante mediante una creatividad que tiene mucho que ver con el

desbordante volcán sociohistórico que ha venido dándoles forma propia durante el último medio milenio.

No cesamos de recalcar que de manera alguna queremos combatir o descalificar el vocablo mestizaje, considerándolo una simple obsolescencia léxica o terminológica. Nuestra intuición y las lecturas que hemos hecho en torno a esta realidad nos enseñan que probablemente el concepto de mestizaje siga teniendo durante tiempo indefinido una altísima frecuencia de uso. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado a la hora de convertirlo en un ídolo, en un punto de partida y un punto de llegada casi universales. Vamos a tratar de desagregar aún más elementos de juicio para comprobar nuestro aserto.

II

En realidad, prácticamente no existen en el mundo pueblos sin mestizaje, genéticamente puros, racialmente incontaminados. Esto se aclaró debidamente en la época de combatir el nazifascismo y otras aberraciones racistas y biologicistas. Con toda probabilidad o incluso certeza, los bosquimanos, los indígenas amazónicos más aislados, los esquimales y tantos otros pueblos pretendidamente puros –o fenotípicamente muy cercanos a esa posibilidad nunca cumplida– también presentan su grado de miscigenación y así tiene que ser: es biológicamente inevitable, incontrovertible, además de constituir una necesidad para la supervivencia de nuestra especie humana o de cualquier otra, en sus diferentes fenotipos.

En todo caso, estas pequeñas poblaciones relativamente uniformes, homogéneas, con poca variabilidad entre sus integrantes, constituyen muchísimo más la excepción que la regla; y el número efectivo de sus integrantes es sumamente bajo y ha

tendido a disminuir históricamente a través de los siglos y milenios. En el escenario humano predominan, más bien, pueblos altamente miscigenados, sea cual sea el lugar donde habiten, independientemente del continente donde hayan sentado sus reales o efectuando largas migraciones. Así han sido las sociedades euroasiáticas y africanas y, por supuesto, las americanas anteriores a los primeros contactos con el mal llamado “Viejo Mundo”. Y con mayor razón, la mezcla de razas se ha intensificado a partir de los comienzos de la Era Moderna.

Sin duda, ello no quiere decir que esa miscigenación haya ocurrido siempre entre poblaciones igualmente distanciadas en lo genético y en lo cultural, incluso en sus orígenes históricos, y consecuentemente no se pueda establecer de cierta manera, o no sea útil, formular una tipología del mestizaje. Sería injusto pretender que los pueblos del Caribe o de América Latina en general no exhiban un tipo distinto de mestizaje, más intenso en cuanto a la distancia originaria entre sus componentes genéticos, que una serie de poblaciones hace ya largo tiempo fronterizas y de cierta manera análogas, como ocurre en el occidente europeo. Hasta llega a ser proverbial –y existe una amplísima literatura al respecto– la forma en que algunos bolsones y enclaves constituidos por regiones campesinas de Europa Occidental –de países como Alemania, Bélgica, Holanda, Suecia, Italia– durante largo tiempo han mantenido una fuerte tendencia a la endogamia, a su vez conducente a la uniformación de los caracteres fenotípicos, a cierta tipicidad y distanciamiento aun respecto de sus vecinos. Esto muestra prácticamente una situación de deriva génica o *genetic drift* en el lenguaje de la antropología física.

De allí provienen segmentos humanos tal vez excesivamente homogéneos para su continuidad histórica, con el peligro de que el escaso contacto con otras poblaciones haya originado ciertas alteraciones patológicas debido a esa razón. Y si tal ocurre en las poblaciones apartadas del continente euroasiático, creo que también

podríamos extrapolar estas mismas constataciones y temores a las comunidades indígenas excesivamente aisladas entre sí, como algunas que encontramos en las Américas, África y Oceanía. Por consiguiente, parece cierto que por lo menos hasta los comienzos de la tendencia hacia una mayor globalización, ya entrando en el siglo xx, podría afirmarse que, si bien no existían razas puras, también era cierto que había poblaciones importantes signadas por un grado mayor o menor de aislamiento.

III

Comparado con esta situación claramente tipificada y sustentada por estudios de biología humana (cf. Valloís, 1968), el contraste que encontramos con el mundo del Caribe es colosal, inmenso. Por ejemplo, en cualquiera de las islas conviven multitud de personas e incluso colonias enteras de origen asiático, procedentes de diferentes regiones de China –principalmente cantoneses– y de la India; suele haber igualmente una considerable población de origen afroamericano oriunda de distintas partes de África; junto a los residuos –lamentablemente en muchos casos desaparecidos o poco menos– de los originales pobladores amerindios; más la afluencia europea de países como España, Francia, Inglaterra y Holanda; en fechas más recientes, emigrantes de Norteamérica de diferentes trasfondos étnicos.

Es importantísimo tomar en cuenta todo eso para entender a cabalidad la confrontación, mucho más que biológica, socio-cultural y sociohistórica de grandes contingentes poblacionales que de cierta manera convergen, se yuxtaponen y buscan un espacio para la convivencia y, ¿por qué no decirlo?, para confrontar sanamente sus disparidades en el mundo caribeño cuya

caracterización nos ocupa. Dejar de fijar nuestra atención sobre este hecho sería realmente un error lamentable.

A ningún observador sensato se le escapan las numerosas contradicciones entre afroamericanos e hindúes en países como Guyana o Trinidad. Los estudiosos encuentran entre ellos diferencias de orden cultural, religioso, temperamental, a más de los tal vez lógicos conflictos de intereses de toda naturaleza (cf. Serbin, 1990). Esto es algo que es muy necesario dilucidar, negociar y llevar a un plano de coexistencia transparente. Pero a mediano y largo plazo, ese abordaje cauto y respetuoso traerá más frutos y mejores resultados, bajo todo punto de vista, que una pretendida operación traumatológica consistente en extirpar las características de ambos o de uno de ellos, o forzar una mezcla racial y cultural de hibridación paranoica. Tales exabruptos conducirían, además, a una pavorosa deculturación y pérdida de valores creadores. Aparte de estas consideraciones, invito al lector a echar un vistazo sobre la historia reciente de los Balcanes, con sus intentos de limpieza étnica.

Por tales razones, debemos situarnos en un punto de equilibrio entre quienes le atribuyen al fenómeno del mestizaje características de una verdadera panacea, y aquellos que casi no lo toman en cuenta, que lo dejan de lado como algo negativo y conceptualmente inútil para cualquier explicación dentro de la fenomenología sociocultural. Aquí nos toca destacar otro hecho que igualmente influye en la exaltación –fundamentalmente por organismos internacionales, grupos de pacifistas, campeones de los derechos humanos, políticos de una trayectoria altamente democrática– de la importancia de que la gente se mezcle, se mestice cuanto antes, a fin de conformar nuevas e inéditas realidades basadas en combinaciones raciales y culturales. De allí surgiría, precisamente, una nueva subespecie humana, el hombre nuevo al que han aspirado multitud de pensadores y autores

revolucionarios, para mencionar individualidades tan dispares como Nietzsche o el Ché Guevara.

El hombre nuevo es un término realmente tentador e interesante, cuya figura nos hace comprender de alguna manera las extralimitaciones y abusos donde su uso y empleo indiscriminados han llegado a desembocar. Recordemos las aberraciones del racismo, la forma como en la Segunda Guerra Mundial se materializa su radicalización, expresada en el exterminio masivo de pueblos enteros. Pero ya en el transcurso de diferentes períodos históricos, dichas ideas junto a intereses económicos concomitantes, se concretaron en la trata de esclavos, las discriminaciones más perversas, las exclusiones y el apartheid. Han sido verdaderas lacras colectivas que siempre constituirán una gran vergüenza para la humanidad.

Se mantienen diversas y peligrosísimas formas de racismo en casi todos los países del mundo. Recordemos todo lo que costó vencer el apartheid en Sudáfrica: victoria muy relativa gracias a los inmensos esfuerzos de ese gran hombre, político y libertador que ha sido Nelson Mandela, pero que aún persiste y persistirá por mucho tiempo más. No obstante, el racismo se mantiene casi incólume en Estados Unidos y en todos los países europeos, y existen ciertas formas ocultas también denunciadas tanto en América Latina como en el Caribe. En todas partes hay manifestaciones de discriminación racial en cantidades preocupantes, espantosas.

IV

Entonces si tomamos en cuenta esas aberraciones de diferentes signos, a veces más de carácter biológico y en otros casos de naturaleza cultural, de alguna manera tendemos –si no a

exculpar totalmente— a justificar y comprender a quienes, para evitar el surgimiento y por supuesto los excesos y terribles excrecencias, del racismo, prefieran o hayan optado por un mundo donde la humanidad esté totalmente mezclada, homogeneizada; donde todos constituyamos una sola gran nación, un gran pueblo. Y si no lográramos la uniformidad total, que entremos entonces al menos en un *melting pot*, un crisol de razas. Allí, a través de las generaciones, se irían debilitando y desvaneciendo todas las particularidades biológicas y con ellas las distinciones culturales y las de naturaleza identitaria.

Esas identidades múltiples que caracterizan a los pueblos, etnias y comunidades, confluirían en un espacio social único, una vez transmutadas en una sola gran identidad que defina igualmente a todos los integrantes ya transfigurados. Salvo las diferencias individuales y otras de suyo inevitables, ya no habría otro tipo de diferencia. Todos perteneceríamos a un mundo de uniformidades, a una aplanadora social, cultural e identitaria, que no daría pie a manifestaciones ni siquiera mínimas de heterogeneidad. Comprendemos un poco los esfuerzos de quienes creen que este tipo de procesos conducirían a una mayor suma de felicidad y bienestar en los pueblos y naciones del mundo. Ese tipo de miscigenación, el mestizaje cultural profundo, es enaltecido por pensadores como Darcy Ribeiro (1970), para no hablar de Vasconcelos y, en general, de los grandes ensayistas de América Latina, quienes ven en los mestizos los verdaderos pueblos nuevos, y al hombre nuevo como tal.

Sin embargo, ¿por qué magnificar el significado de un hecho que en el fondo no hace más que ocultar ciertos caracteres raciales pretendidamente inferiores, mediante la mezcla con otras entidades colectivas sociobiológicas, que supuestamente pertenecen a una humanidad superior? Dentro de esta óptica, el mezclar genes africanos y asiáticos con genes europeos tendría por objeto “mejorar la raza” y de crear una humanidad superior.

En otras palabras, los componentes que se tienen por inferiores se diluirían, perdiendo su peso específico con el surgir de nuevas generaciones, hasta que finalmente predominarían los genes de razas y poblaciones portadoras de mejores códigos, y con mayores potencialidades para crear culturas y formaciones sociales más avanzadas (cf. Velasco, 2000).

Si desmontamos tan perverso discurso, no podemos aceptar que, por la sola existencia de hechos discriminatorios, por una presión social de origen absolutamente espurio y basado en la ignorancia total sobre la materia, caigamos en el chantaje de hacer desaparecer unos códigos genéticos para implantar otros, bien sea a través del mestizaje o de cualquier mecanismo supletorio. Basta ya de esa nostalgia insensata por el blanqueamiento de la población y el predominio de la raza caucásica que, según esa ideología disparatada, comenzaría a dominar a partir de una época determinada, en que declinarían los demás componentes sociobiológicos.

Aparte del peligro de caer en una visión de las razas artificialmente subordinadas como inferiores frente a las razas privilegiadas desde el punto de mira estrictamente biológico, también el mestizaje omnímodo, una concepción idealizada y forzada de la mezcla como la que se estila en pensadores pretendidamente actualizados, envuelve y conlleva un enorme riesgo de índole sociocultural. Sería una amenaza omnipresente la nivelación de culturas diferenciadas hacia abajo. Por ejemplo, todo lo que hoy es afrocaribeño, asiático-caribeño o amerindio-caribeño perdería sus características configurativas, sólo para dar lugar a una especie de cultura mínima sin aristas ni rasgos distintivos. Aun en la hipótesis de que en última instancia emerja una sola cultura nueva, es demasiado cruel y etnocida hacer tamaño sacrificio, aunque fuera con el objeto de facilitar lo más posible el contacto y la comunicación entre contingentes humanos diversos.

Dicho en términos más concretos, este planteamiento equivaldría a una igualación –en ningún caso total– de afluencia culturales de signos muy diversos y provistos de caracteres fundamentalmente diferentes de naturaleza organizativa, económica, simbólica, ética, de valores de toda índole. Éstas, al confluir, perderían lo más expresivo, particular y resaltante, para caer en una reformulación más bien uniforme, en un aplanamiento, un achatamiento que encubriría y aun acabaría con la creatividad de los distintos pueblos que originalmente entraron en ese juego mutuo.

Para citar por ejemplo el componente lingüístico, hay en el Caribe una cantidad de pueblos cada uno de los cuales aporta su idioma distintivo en el momento del contacto. Como los idiomas diferenciados no pueden, de buenas a primeras, comunicar unos segmentos poblacionales con otros, dentro de una concepción recíprocamente asimilacionista todos tendrían que sacrificar fatalmente sus idiomas salvo quizás uno. Decimos esto porque los candidatos más fuertes para servir de lenguas comunes vehiculares han sido precisamente los idiomas europeos. En el ámbito geopolítico que nos ocupa, se han creado además los idiomas criollos, que continúan desempeñando un rol subordinado incluso en la República de Haití. No dudamos de la necesidad obvia de contar con uno o más idiomas de alcance comunicativo amplio, pero ya no es posible favorecer la tendencia hacia la uniformidad lingüística, sin atentar mortalmente contra esta sociodiversidad tan característica del mundo Caribe y de muchas partes del planeta. De todas maneras, la nueva tendencia emergente –como veremos más adelante– es el reforzamiento de la diversidad lingüística.

V

Pasando a otros planos de la creatividad, a partir de la existencia y coexistencia de objetos, valores, músicas y oralidades, podría predominar a la larga bien sea un conjunto nuevo pero único de manifestaciones, bien sea la existencia continuada de una sola de las fuentes originarias, con la supresión paulatina de todo lo demás, salvando algunos elementos de matización o de simples detalles. En todo este contexto es significativo que durante el gobierno del Teniente Coronel Chávez, en el año 2001, hubo en Caracas dos reuniones importantes, una de carácter nacional y otra internacional, con la denominación de Diálogos de Civilizaciones. En su seno, la concepción de un ámbito geopolítico constituido por el Caribe insular y continental tuvo una relevancia particularmente significativa.

Allí se produjo una ilustración perfecta de todo lo que acabamos de exponer en términos conceptuales. A pesar de que ya conocíamos una serie de antecedentes en este país y en otros, nos sorprendió a cierto número de participantes la insistencia del país anfitrión –en este caso Venezuela– así como la opinión de delegaciones extranjeras procedentes de diferentes continentes, reforzada por un mensaje enviado en video por el ex director general de la Unesco, Federico Mayor Zaragoza, referente a la calificación compulsiva y vehemente de nuestra Venezuela como el país mestizo por excelencia. Para tal efecto se desplegaba una cantidad de pancartas, informaciones, micros, videos y folletos, atiborrándonos con el mensaje de que Venezuela –por cierto, un país del Caribe– es mestiza por definición: donde todo confluye, donde ya lo africano no es africano, lo americano tampoco lo es en el sentido histórico originario, aunque curiosamente no se insistía tanto en el desdibujamiento de lo europeo y lo occidental. En todo caso, se nos obligó virtualmente a tragarnos la píldora

ideológica de que somos esencialmente un producto de esa confluencia, que el *summum* de nuestra creatividad hay que buscarlo en el mestizaje, no fuera de él.

Según tal ideología cerrada y adimensional, fuera del mestizaje prácticamente entraríamos en una esfera clandestina, casi indecorosa, una zona tabú, algo que a lo mejor ni siquiera debería haber sido aludido. Venezuela: un país mestizo y nada más. Durante el evento, se quiso –tal vez en forma subrepticia, subconsciente, sutil e involuntaria– transmitir y generalizar, como algo natural y hasta obvio, la idea de América Latina y el Caribe como el lugar del mestizaje profundo, en su carácter de meta cultural, definitiva y definitoria.

Ahí me pude percatar sin mayor dificultad de que había–tal vez de buena fe, con los mejores deseos inclusive– una fiebre de plantear la concepción del mestizaje como la principal o quizás la única salida para los males del racismo que hasta la fecha haya elaborado y perfeccionado la humanidad. Mas para sorpresa de algunos, una vez entregados los delegados de diferentes países a una discusión en profundidad sobre el mapa cultural y la identidad de los pueblos, sobre todo de América Latina y el Caribe –y allí realmente la intervención de los caribeños fue destacada–, nos dimos cuenta de que esta concepción limitante del mestizaje más que una solución llegó a ser un estorbo para configurar verdaderas salidas y lograr soluciones a mediano y largo plazo que nos resultaran satisfactorias.

VI

¿Por qué insisto tanto en todo esto? Porque entre otras delegaciones, la participación de los pueblos indígenas de Venezuela y también de otros países de América y del Caribe fue decisiva y

determinante en el transcurso de estas reuniones tanto nacionales como internacionales. Realmente se puede decir que las etnias indígenas, el discurso de los pueblos indios, su identificación con la naturaleza, con el desarrollo sustentable, con la espiritualidad, con la tolerancia y el consenso entre los pueblos, precisamente debido al respeto de las diferencias y de la sociodiversidad, condujeron y enrumbaron en un sentido verdaderamente ejemplarizante estas discusiones que probablemente, sin estos planteamientos de fondo, no hubieran resultado ni remotamente tan originales. Sea como fuere, esa presencia indígena, y también de otros pueblos con sus características específicas, fue decisiva para el éxito de estas reuniones. Para corroborar estas ideas, escuchemos las palabras del jefe indígena sioux canadiense, uno de los asistentes al Diálogo Internacional de Civilizaciones:

“En realidad, muchos de los que hoy día nos reunimos aquí, sumamos fuerza para alcanzar un futuro en el que todos los miembros de la familia humana, tanto en lo individual como en nuestras distintas comunidades y tradiciones espirituales, comprendamos cabalmente el significado más profundo de la libertad y de los derechos humanos. Conciencia de la libertad y de los derechos humanos que nos dará plena fuerza para poner de manifiesto a un mundo cuyo sello sagrado es la unidad dentro de la diversidad” (Lañe, 2001: 59).

Pero entonces, si hablamos del indígena concretamente en los países del Caribe –mayas, miskitos, chibchas, caribes, arahuacos y algunos más– de alguna forma estamos haciendo una crítica primero indirecta, pero, al analizar el fenómeno con más propiedad, también con elementos frontales a esa ilusión nostálgica por una mezcolanza indiscriminada a partir de fuentes culturales heterogéneas, que conllevaría el planteamiento del mestizaje en su versión más ortodoxa. Vamos a tratar de explicarnos con la máxima claridad posible.

Sin asomo de duda, los pueblos indígenas cargan con su cuota de mestizaje, de mixtura genética, de interacción cultural, de aculturación compulsiva e interculturación concertada. Todo esto ocurre con las culturas indígenas, al igual que en el resto del mundo. Pero de cualquier manera la continuidad histórica y la identidad de los pueblos indígenas parte desde lo anterior al contacto de los pueblos americanos con otros que no lo son, desde lo previo a la Conquista, a Cristóbal Colón y el colonialismo: a todos los acontecimientos históricos que no solo produjeron el mestizaje sino igualmente el surgimiento de los países actuales americanos y, lamentablemente, la declinación y desaparición de muchísimas culturas, lenguas, etnias e identidades aborígenes. Pero lo que subsiste y actualmente se fortalece en los pueblos indios se ha dado precisamente porque el mestizaje en cierto sentido resultó incompleto y contó con su resistencia vehemente e indeclinable.

No se conformaron los indígenas con el guión preestablecido de deponer su indianidad, de mezclarse totalmente y nivelarse con los demás pueblos, y en esta forma constituirse en una nueva totalidad homogénea. Además, no solamente se trataría de una homogeneización, sino que está perfectamente demostrado que el gran contrato social que rige las formaciones mestizas de América —o de cualquier parte del mundo en la actualidad— es una tremenda imposición de pautas culturales, de idiomas, de orientaciones ligadas fundamentalmente a Occidente. En otras palabras, es una rasante occidentalización. Resultaría totalmente incorrecto afirmar que ahí lo americano, lo africano, lo asiático, lo occidental europeo entran por partes iguales. Es un planteamiento totalmente ingenuo y equivocado. Lo que domina en las conformaciones mestizas es una gigantesca superestructura europea, mientras los componentes no europeos —si no se los puede hacer desaparecer— por lo menos pierden fuerza, se diluyen y dan paso a una simplificación de sus elementos, para que toda la complejidad

y la mayor parte de la matización sean asumidas, cuando menos principalmente, por los elementos constitutivos europeos, empezando por los idiomas traídos por los conquistadores.

Los pueblos indígenas americanos se han conservado hasta la fecha de hoy como tales porque no han obedecido a ese guión macabro, a esa nivelación de índole negativa, negadora de las especificidades, que ha sido el mestizaje en gran parte de lo que se conoce como el mundo criollo: bien sea íbero-criollo o las distintas variantes de ese factor criollo que también aparecen en las formaciones sociales de colonización inglesa, francesa u holandesa. En esas reuniones de Caracas que acabamos de mencionar, se reivindicó el derecho, al menos en el caso de ciertos pueblos, de no incluirse en esa vorágine de un mestizaje indiferenciador sino conservarse básicamente de acuerdo con su propia línea histórica. Y ante la prospectiva de producirse mezclas, sean éstas biológicas, culturales, sociales o de cualquier otra naturaleza, esa nueva situación de ninguna manera debería alentar contra la identidad y la especificidad de los pueblos indígenas u otros no reductibles al mestizaje compulsivo.

VII

De igual manera, puede enfocarse lo anterior en la forma siguiente. En el área del Caribe, lejos de imponerse una uniformidad homogénea se viene creando una plataforma históricamente creciente y floreciente de sociodiversidad. Indudablemente algunos de esos componentes sociodiversos son producto de amplios mestizajes interculturales. Sin embargo, también muchos pueblos originarios, americanos o de otra procedencia—africanos, chinos, hindúes, árabes, judíos— sí mantienen una especificidad

étnica conforme a sus orígenes anteriores a esta confrontación en el ámbito geopolítico caribeño que nos toca analizar.

De este modo adquieren un nuevo valor configurativo las formaciones específicamente caribeñas de base amerindia, europea, asiática y, sobre todo, africana, que es tan inmensamente característica y caracterizadora del proteico mundo caribeño. Pero también podemos enriquecer nuestras conclusiones transformando el concepto mismo de lo mestizo, dándole un mayor contenido, una riqueza y al mismo tiempo realismo, que no resulte reductivo de lo sociodiverso y de las perspectivas de diferencialidad cultural creativa que indudablemente despliegan las tierras firmes e insulares del Caribe.

Creo que haría falta redefinir el mestizaje en la forma que voy a proponer. Posiblemente en su sentido originario y quizás de la forma más elemental y ortodoxa, el caracterizar lo mestizo es definirlo como un crisol de razas y culturas, como un proceso de reducción a lo uniforme a partir de lo multiforme. Pero, ¿qué nos impide caracterizar lo mestizo, aceptar como mestizo una coexistencia profunda, un diálogo permanente, una interculturación democrática y horizontal, incluso un libre intercambio biológico, entre una multitud de pueblos y culturas: algunas de las cuales son mestizas en la acepción originalmente atribuida al término, mientras que otras son continuadoras de formaciones más originarias que se niegan a morir, quienes persisten y se reproducen aunque indudablemente con todos los atributos del cambio social y cultural?

Es imperativo que en el Caribe se suscite un diálogo con carácter no reductivo sino con el libre mantenimiento de las personalidades colectivas originarias, de lo americano con lo asiático, lo africano, lo euro-norteamericano y de todos ellos con las formaciones de un mestizaje más entreverado. Este diálogo permanente respondería a un arreglo geopolítico donde haya una contigüidad, una vecindad, mas no una total e innecesaria

confluencia entre estos factores. Lo étnico no debe ser asumido como una suma de fronteras herméticamente excluyentes. No tendría por qué preocuparnos tanto el hecho de que comunidades heterogéneas vivan en barrios diferenciados dentro de una misma ciudad o en regiones o zonas diferentes de una misma isla o porque estén insertas en islas o en territorios continentales algo distintos y distantes entre sí. En todo caso hay que reivindicar esa vecindad, esa reciprocidad, esas influencias y permeabilidades mutuas, tal vez tan características del mestizaje como la misma miscigenación. La reivindicación de las diferencias y de la sociodiversidad configura quizás una concepción mucho menos ortodoxa, pero a la vez más real y menos reductiva que la consistencia obstinada en el *melting pot*, en la fábula rasa, en el arrasamiento de las diferencias para la creación de lo uno a partir de lo múltiple: una homogeneización globalizada y al fin sometida sin ambigüedades al arbitrio de occidente.

Considero personalmente que esta versión sociodiversa resulta más interesante y creativa que cualquier concepción del mestizaje y de criollidad basada en la simple confluencia indiferenciadora, agravada por la asimilación de supuestos valores superiores europeos, convalidando una predominancia superestructural de las formaciones occidentales típicamente euronorteamericanas, bien sea inscritas en una ambientación románica o germánica. Creo que contribuiremos de manera decisiva a la caracterización del Caribe si le damos esta nueva interpretación, este nuevo sentido, a la concepción del mestizaje.

VIII

Ya para resumir, mestizaje es, por una parte, una confluencia cultural y genética. Mas, por otro lado, sería también la convivencia, la cercanía geográfica y vivencial de formaciones con orígenes muy diferentes. No obstante, lejos de destruirse o disolverse mutuamente o dejarse absorber por uno de los componentes o por una formación incluso extraña al Caribe, su creatividad es-tribaría en esa dinámica continua que va ya abriendo cauces cada vez más inéditos, produciendo formas originales a partir de una yuxtaposición no despersonalizadora, de variadas raíces, pero al propio tiempo firmemente mantenidas en el tiempo y en el espacio. Considero que ahí radica la verdadera concepción enriquecedora del mundo Caribe, así como de otras partes de nuestro globo terráqueo donde también se ha discutido por tanto tiempo esa concepción de la miscigenación, del mestizaje, de la criolli-
dad, del encuentro de poblaciones en contacto fluido, inacabado e inacabable: como ahora comienza a ocurrir en el resto del mundo, inclusive en los países más dominantes y hegemónicos.

III PARTE

LOS IDIOMAS CRIOLLOS

I

Muy poco desacuerdo podría haber sobre el hecho de que los idiomas criollos, llamados también creoles, constituyen algo muy sugestivo y peculiar en el contexto caribeño. No es el Caribe la única parte donde existen, pero sí son sistemas lingüísticos muy característicos, muy propios tanto del mundo insular del Caribe como de las costas que bordean ese espacio fundamentalmente marítimo. Los idiomas criollos nos ofrecen sorpresa tras sorpresa, tanto en lo concerniente a su descripción como su interpretación y también su examen de índole histórica, todas las concepciones teóricas que subyacen a su estudio o se desprenden de su conocimiento cada vez más adecuado y pormenorizado. Son un aporte importantísimo para el enriquecimiento de la lingüística y también para nuestra comprensión sobre el lenguaje humano en general. Todo lo que estamos afirmando ahora es radicalmente contrario a la percepción de siglos anteriores, incluso de comienzos del siglo xx. Esa revalorización de los idiomas criollos constituye todavía casi una novedad, sobre todo dentro de la sociología del conocimiento en las grandes mayorías de la opinión pública; ya que los expertos, los lingüistas, vienen siguiendo con interés hace algunas décadas la formación y conformación de las lenguas criollas o creole.

En todo caso, en el presente ensayo no pretendemos profundizar en su descripción bien sea fonológica o morfosintáctica ni en una sistematización a la manera un tanto cientificista, sino hacer una aproximación de carácter más humanístico, más integral, tal vez dentro del ámbito de las ciencias sociales, dentro de una antropología filosófica. Con eso nos aproximaremos a una

visión de conjunto que luego pueda, de acuerdo con los gustos de cada lector, de cada persona o grupo de interesados, ser la motivación para un abordaje de tipo empírico, incluso de carácter descriptivo, en cualquiera de los planos de la ciencia lingüística.

Se trata, pues, de una caracterización antropolingüística pero tampoco formalizada o cerrada como pretenderían algunos. Este no es nuestro criterio ni nuestro objetivo. En cuanto a la forma como se apreciaba o, más bien, menospreciaba y se dejaba de asumir la significación y la importancia de los idiomas criollos, particularmente los del Caribe, se venía diciendo y todavía hay mucha gente poco informada o francamente desinformada —más bien prejuiciada— que sigue manteniendo la peregrina tesis de que el francés criollo es simplemente un francés mal hablado, chapurreado, una suerte de dialecto atípico, una especie de *patois* o *patuá*, como también se le dice, una jerga. Realmente esa interiorización, incluso esta satanización de las lenguas del Caribe de conformación criolla, es aún bastante frecuente, observable tanto en los habitantes de las islas y costas caribeñas como en el resto de la humanidad. Quizás más conspicuo en el resto de los humanos que ni siquiera viven y conocen esta realidad tan ajena a ellos y donde lo único que influye son los racismos y las preconcepciones de cualquier índole. En todo caso, véase lo que afirma sobre tal situación un sólido intelectual haitiano:

“... las ideas preconcebidas y sobre todo los intereses consolidados son tantos, que lograr hacer aceptar por los antillanos que el creole es un idioma y, más aún, que se utilice como tal, es una tarea aparentemente tan difícil como la de la revolución política” (Antonin, 1985:107).

Es indudable que las lenguas criollas comienzan con una especie de pidgin, con una radical simplificación de ciertas y determinadas lenguas europeas. Por ejemplo, del portugués en

muchos casos, del francés, algunas veces, del español quizás en menor cuantía, del inglés por supuesto, a veces también de otras lenguas: todo lo cual está ya más o menos bien tipificado en una rama de la lingüística, que sería la referente al estudio de las lenguas pidgin y creole.

Durante la sanguinaria y terrible conquista del continente africano y la esclavización plurisecular de los pueblos, sociedades y culturas africanas, ocurren hechos de índole comunicacional, una necesaria coexistencia forzada y hostil, pero en todo caso necesaria e ineludible. Por un lado, están los esclavizadores, los comerciantes y empresarios de la esclavitud, los que se encargan del transporte, los negreros, pues, quienes se ocupan de transportar estos grandes contingentes humanos, normalmente sacrificando la vida de la mayor parte de las personas así capturadas y trasladadas. Por el otro encontramos a esas grandes mayorías de africanos recogidos, primero perseguidos y reclutados en cacerías en las más diversas comunidades, sobre todo en la costa occidental del África, quienes además necesitaban también, aparte de sus amos, comunicarse con miembros de otras etnias que, como se sabe, hablaban lenguas totalmente diferentes. Si en algún continente hay una tremenda diversidad lingüística es en el continente africano.

Por supuesto, los esclavos procedentes de distintas regiones, incluso de diferentes subregiones, no presentaban ningún tipo de unicidad ni unidad lingüística. Todo lo contrario, la variedad hasta el infinito era mucho más la regla que la excepción. Pero se impuso el requisito de la comunicación, vamos a llamarla necesaria y forzada, entre los propios africanos y entre los africanos y sus amos que, por cierto, fueron cambiando de acuerdo con el traslado, a la venta y a la distribución final y definitiva de estos contingentes humanos en distintas partes de América y, muy especialmente, del Caribe. Todo este proceso fue madurando y, sin

lugar a duda, produjo consecuencias lingüísticas en gran parte previsibles.

Como había poco interés –amén de la práctica imposibilidad– en fomentar o incluso mantener el uso de las lenguas africanas como tales, de alguna manera era lógico dentro de ese contexto sociohistórico enormemente compulsivo y genocida, además de etnocida, el ir imponiendo alguna variante, una versión de las diferentes lenguas europeas: las lenguas propias de los esclavistas, de los negreros, de los comerciantes, de los dueños de los barcos y de todos quienes practicaban este funesto mercado. Muy especialmente las islas caribeñas, para nadie es un secreto que fueron los puntos de distribución de esclavos tal vez más importantes y de mayor significación económica para el continente americano entero, tanto la parte norte como la parte sur de América.

La afluencia al Caribe de contingentes de esclavos procedentes en barcos negreros, y con la característica de ser transportados por amos portadores de determinadas culturas y nacionalidades siempre europeas, originó en primerísima instancia el surgimiento de las lenguas pidgin. El pidgin es una variante –vamos a llamarla mínima, convencionalizada, compartida y de reducido vocabulario– de cualquiera de estas lenguas europeas involucradas, para que el entendimiento y la mutua comprensión fuesen posibles, básicamente entre el esclavo y el amo, pero también entre los distintos esclavos que de alguna forma tenían que acercarse y comunicarse incluso con fines de mera subsistencia.

El uso minimizado, reducido, codificado de acuerdo con las necesidades realmente fundamentales de carácter comunicativo de estos enormes contingentes humanos, a través de una versión *ad hoc* de las lenguas europeas, fue algo perfectamente previsible y lógico dentro de esa situación de mercantilismo esclavista, que por tanto tiempo signó el destino de la población de origen africano y la historia del Caribe en primerísimo lugar: Por supuesto,

también del continente americano, más allá de los centros distributivos del Caribe.

Conforme a esto, un francés pidgin y un inglés pidgin serían una especie de repertorio de lexemas, de palabras, de fórmulas, amasijado en síntesis idiomáticas procedentes por un lado del inglés británico y por el otro del francés europeo, pero transformadas para su simplificación de manera tal que resultasen ser pronunciables y utilizables por los esclavos de diferentes latitudes. Así se fueron transformando, modificando, simplificando, incluso hasta cierto punto africanizando, los vocablos del inglés, del portugués, del francés, con muy poca participación del español.

Sin embargo, como la yuxtaposición de lexemas sin reglas morfosintácticas de cierto alcance y profundidad es también una empresa imposible, las mismas lenguas pidgin se encargaron de desarrollar al menos una gramática mínima. Ese código mínimo les permitía ya no tan sólo utilizar estas palabras como una simple sarta de enunciados, como secuencias de términos unos tras otros cuyo sentido general de carácter discursivo sería hasta problemático e imposible de adivinar. En cambio, esa morfosintaxis, más bien sintaxis a secas, la manera como se combinaban, como se constituían en oraciones, en párrafos y en discursos —en textos, pues— estos términos simplificados, provenientes de las lenguas europeas, fue lo que formó esa suerte de organización gramatical básica que la lingüística llama lenguas pidgin: término para el cual no existe una adecuada traducción ni al español ni a otros idiomas. Pero un hecho muy interesante es que el pidgin no permanece como tal por mucho tiempo, sino que toda la experiencia histórica de la esclavitud y de la fundación de centros poblados consolidados apunta en otro sentido bien distinto.

II

La creación de comunidades afroamericanas de muy complejas tipologías, bien sea de plantaciones con contingentes de esclavos o de comunidades cimarronas o de cualquier otra índole —comunidades neoafricanas en fin— trae consigo la rápida transformación, incluso en muy poco tiempo, de las lenguas pidgin en otra realidad mucho más elusiva, muy diferente, que todavía hoy en día se le escapa mayormente a la capacidad explicativa de la ciencia lingüística y a las ciencias sociales y humanas en general. Se trata, en este caso, de descifrar la emergente especificidad de los nuevos idiomas criollos.

Los idiomas criollos son, sin duda, bien distintos de los pidgin aunque provienen de ellos, se originan en su seno y son como un despliegue histórico de estos antecesores. Las lenguas criollas también son, últimamente, del mismo origen histórico que los pidgin y traen su primera versión en formas modificadas del inglés, del francés, del portugués y, en menor proporción, del español. Pero hay indudablemente una cantidad de diferencias que separan notoriamente las lenguas o idiomas criollos de los pidgin. Son las características principales de la nativización y arraigo las que configuran al criollo mas no al pidgin.

Los idiomas pidgin, en términos generales, sin tocar los casos límite que siempre los hay y son de difícil clasificación, no constituyen la lengua nativa de ningún pueblo o población. Ellos se utilizan para comunicarse con el vecino, con el amo, con las personas que, en general, no comprenden nuestro idioma nativo. Los hablantes del idioma africano congo, pongamos por caso, para comunicarse con los tratantes de esclavos, que tampoco entendían ningún idioma africano, recurrían a un pidgin portugués o de otro origen europeo.

Pero, en ese momento, ese pidgin portugués no era internalizado y apropiado totalmente, por lo menos no como el sistema lingüístico nativo del hablante africano en su condición de esclavo. En cambio, el caso del idioma criollo de cualquier base europea llega a ser algo radicalmente diferente e innovador. Ya el hablante criollo es hablante nativo de su idioma. Aun cuando en última instancia proceda del inglés o del francés constituye, sin embargo, una lengua apropiada por los descendientes de esclavos ya es —o puede ser— el único idioma que posee el hablante, quien ya nada recuerda salvo algunos elementos de sustrato de los idiomas africanos que fueron hablados con propiedad por sus antepasados.

En el Caribe y en el resto de América se pierden las lenguas africanas, incluso se transforma y en cierta forma desaparece el mismo pidgin, al crearse el idioma criollo. Por supuesto, el criollo va obteniendo, pero ya en una forma más definida, una fonología más clara, una sistematicidad mucho mayor, conservando profusamente los elementos de las lenguas europeas, aunque con una transformación que los convierte en partes y partículas de un nuevo sistema. Los nuevos idiomas ya no son, pues, las lenguas europeas correspondientes, pero tampoco son los pidgin originarios y mucho menos constituyen vestigios de las lenguas africanas. Sostenemos que estos idiomas configuran un verdadero laberinto conceptual, comportan una dificultad increíble para su descripción, interpretación y clasificación para el lingüista de formación más bien clásica, para los estructuralistas o generativistas que tanto abundan en nuestro mundo académico.

Igualmente, para el mismo hablante de las lenguas criollas es realmente difícil entender y clasificar, reflexionar y llegar a conclusiones de carácter teórico sobre su propia habla, acerca de su propio sistema lingüístico. El usuario del criollo, como dijimos al principio de esta sección, desconoce si habla una variedad más o menos estigmatizada de francés, inglés o portugués,

o si su idioma es algo totalmente distinto, un nuevo sistema, una creación de su historia particular, en todo caso algo propio, caracterizador de su especificidad lingüística y cultural: algo que da origen y fundamento a inéditas discursividades y también a una nueva visión del mundo, de acuerdo con lo que se conserva de válido en la importante hipótesis de Sapir-Whorf.

Muy poco desacuerdo podría haber sobre el hecho de que los idiomas criollos, llamados también creoles, constituyen algo muy sugestivo y peculiar en el contexto caribeño. No es el Caribe la única parte donde existen, pero sí son sistemas lingüísticos muy característicos, muy propios, tanto del mundo insular del Caribe como de las costas que bordean ese espacio fundamentalmente marítimo. Los idiomas criollos nos ofrecen sorpresa tras sorpresa, tanto en lo concerniente a su descripción como en lo relativo a su análisis.

La complejidad de los idiomas criollos es un hecho que se viene estudiando y revelando en años y décadas bastante recientes. Anteriormente había –por lo menos en la opinión pública sobre la materia, incluida la de los hablantes– muy poca conciencia de la diferenciación entre pidgin y criollo. Ahora, ya es un hecho muy fácil de constatar que los idiomas criollos son casi siempre hablados como idiomas nativos, no como códigos de transición o de mera comunicación con poblaciones alóglotas, con hablantes de otros idiomas. El criollo es internalizado durante los primeros años de vida del hablante nativo, en su carácter de lengua materna.

Los idiomas criollos, en cuanto a la datación y fecha precisa de su origen, son relativamente muy recientes. Incluso es fácil rastrear el primer momento en que se constituye una primera generación criollo-hablante. Ya con los instrumentos teóricos y metodológicos que el lingüista y el antropolingüista tienen a la mano, no hay absolutamente ninguna duda posible sobre el

carácter de lenguas muy particular y *sui generis* que poseen estos idiomas.

Hemos dicho que desde el punto de vista de la estructuración léxica, y sobre todo en cuanto a su sistema sonoro, son de base europea más o menos modificada; pero no tan modificada como para hacer generalmente ininteligibles los términos originarios de las lenguas europeas en cuestión. Por ejemplo, en el creole o criollo inglés son muy fáciles de reconocer las palabras anglosajonas. Pocas veces se nos presenta la dificultad de encontrar una correspondencia muy clara incluso para el más ingenuo de los hablantes, para los menos preocupados por la teorización sobre la materia, entre el término originario en lengua inglesa y su producto en el criollo nativizado que habla cualquier descendiente afroamericano, generalmente procedente de la esclavitud.

Hay un gran paralelismo, una notable similitud, entre el vocabulario de las diferentes lenguas criollas y el inglés, el francés o el español. Eso también sucedía con el pidgin, pero en los creoles pasa algo que sí es genuinamente distinto y más complicado, de más difícil procesamiento que en el caso de las lenguas de transición. Se trata del surgimiento de una morfosintaxis cada vez más compleja y también de una semantización o resemantización de las palabras y una suerte de crecimiento pragmático-discursivo que se alejan muchísimo, en una forma muy considerable, de las lenguas pidgin. Ocurre una complejización tremendamente conspicua, muy notoria y dramática, y con ella se acentúan las diferencias entre las lenguas pertenecientes a ambas categorías.

La forma de interpretar estas nuevas gramáticas, las nuevas fonología y morfosintaxis, y sobre todo estos nuevos recursos y hasta sistemas semánticos y pragmáticos, obedece a una elaboración muy distinta según los tratadistas, los teóricos, los lingüistas y antropolingüistas, que en número cada vez mayor se ocupan de los idiomas criollos. Hay divergencias profundas, hay discusiones que por cierto están todavía lejísimo de llegar a una especie de

consenso que siquiera unifique de manera incipiente el campo, y nos desbroce el camino para estudios más avanzados y de aspectos más específicos de cada lengua criolla.

III

Hay quienes sostienen –pertenecientes a una tendencia tal vez más clásica, más tradicional dentro de la lingüística– una tesis de que se trataría de lenguas mixtas, de fonología y léxico de origen y carácter básicamente europeos, a partir de las lenguas mencionadas–inglés, francés, portugués–; y esto en contraste con una base morfosintáctica netamente africana, más bien extraída de las lenguas geográfica y tipológicamente adscritos al Golfo de Guinea. Entonces, idiomas como el yoruba, el ewe, el ibo, el mandé y tantas otros –incluso pertenecientes a distintas familias y subfamilias que hay en esta parte centro-occidental del continente africano– habrán aportado el material, la materia prima de carácter morfosintáctico, para la construcción primero de gramáticas mínimas y después de otras más complejas y exuberantes de acuerdo con el progreso de la nativización y la internalización generacional de estos idiomas. Así llegaron a constituirse nuevos sistemas lingüísticos, donde se da precisamente esa doble caracterización de base morfosintáctica africana con un vocabulario y, por supuesto, fonología de base europea pero también con influjos africanos sobre todo en lo que se refiere a cierta simplificación y transformación africanizante en los nuevos sistemas sonoros.

Ciertamente, hay elementos claves que establecen aun para ojos inexpertos una posibilidad de identificar estructuras, ante todo sintácticas, de cualquiera de los idiomas criollos con las lenguas del Golfo de Guinea. Por ejemplo, existe la indicación de las categorías verbales mediante partículas prefijadas al radical

verbal. Esto lo conseguimos en las lenguas africanas mencionadas por ejemplo en el yoruba esa característica es muy llamativa, pero también lo es en las lenguas vecinas y, en general, en las lenguas del Golfo de Guinea. Si establecemos comparaciones con el papiamento, el creole francés, el creole inglés, encontramos una profundísima analogía. De atender solamente a estos fenómenos, cabría poca duda acerca de la relevancia de la comparabilidad tipológica y hasta el origen común, en cierta forma genético, de los sistemas gramaticales y más específicamente morfosintácticos de las lenguas creole y sus antecedentes africanos. En tal caso, la base gramatical africana se habría entroncado con un vocabulario de origen europeo, procesado en un ambiente vital y un ámbito sociohistórico ya caribeño americano, a partir del momento de la Conquista y, sobre todo, del afianzamiento de la esclavitud y la creación de nuevos centros poblados.

La base morfosintáctica africana es algo que, a pesar de los desafíos de otras teorías, para mí sigue siendo una tesis fundamental y ciertamente inexpugnable, imposible de rebatir completamente. No obstante, tal como nos referimos un poco más arriba al carácter de las gramáticas mínimas que sustentan la combinabilidad de los elementos léxicos en el pidgin, hay una teorización también muy meritoria, muy bien llevada con elementos a veces convincentes y con argumentos que no dejan de ser complejos y de apariencia veraz, que más bien profundiza y extiende a las lenguas criollas la idea de las gramáticas mínimas. Es decir, la morfosintaxis tanto de las lenguas pidgin como de las mismas lenguas criollas no sería africana ni mucho menos europea, sino que más bien debería tomarse como una gramática que sigue siendo mínima, tal vez con un desarrollo, con algún ajuste ulterior a las nuevas características antropolingüísticas con que estas lenguas se hablan. Pero tipológicamente sería eso justamente: el reflejo de la simple capacidad del ser humano de

poder construir gramáticas a partir de los datos biológicos y de las características del mapa genético de su cerebro.

Así, el equipamiento genético cerebral predispondría a ciertas creaciones morfosintácticas como independientes de la historicidad de cada lengua hablada. En el caso de un material léxico nuevo, como son los creole derivados de sus respectivos pidgin, entraría en juego la necesidad de construir gramáticas totalmente nuevas; pero a la vez esas gramáticas nuevas dependerían —más que de factores propiamente históricos o incluso lingüísticos— de la potencialidad genética del cerebro para yuxtaponer los términos léxicos de una manera mas no de otra.

Por ejemplo, la colocación del sujeto, del verbo y del objeto justamente en este orden consecutivo obedecería, no a una razón histórica y mucho menos a la imitación de una lengua africana, sino fundamentalmente —o casi exclusivamente— a la forma como espontáneamente el cerebro humano gramaticaliza la yuxtaposición de los elementos léxicos. En tal caso, el amplísimo predominio en las lenguas criollas de la secuencia sujeto, verbo, objeto (SVO) dependería no de algo similar en yoruba o cualquier lengua africana sino de una especie de insumo genético de carácter cognitivo que ya prescribe para el ser humano construir gramáticas nuevas a partir de esa combinabilidad básica de sujeto, verbo, objeto (SVO) y no, por ejemplo, sujeto, objeto y verbo (SOV). Concretando, dado que la predisposición del ser humano en cuanto a su equipamiento cerebral genético es construir oraciones gramaticales con una secuencia de sujeto, verbo y objeto, entonces lo lógico es que también se aplique ese esquema para la perfecta criollización o creolización de las lenguas pidgin. Así surgirán gramáticas nuevas sin que éstas necesariamente nos remitan a antecedentes, históricos precisos y específicos, bien sea de índole africana o de otro continente.

Todo esto es muy respetable, entre otras razones, porque parecería cobrar relieve en este caso la similitud de todas las

lenguas criollas del Caribe, independientemente del material léxico que cada lengua caribeña con estas características comporta, más allá de su procedencia portuguesa, inglesa o francesa. Las gramáticas siempre siguen básicamente el mismo esquema sintáctico: en nuestro caso la seriación sujeto, verbo y objeto; y también la expresión de las categorías gramaticales mediante partículas o una secuencia de partículas que preceden al verbo; igualmente la poca o ninguna diferenciación de los lexemas nominal y verbal; la similitud formal y la intercambiabilidad del verbo con el sustantivo.

Estas son características que nos remiten a una posible gramática común de todas las lenguas. Y justamente por el vacío histórico que se produce con la pidginización, tendría que crearse a partir de una fábula rasa, una fórmula para la conversión de las lenguas pidgin en lenguas gramaticalizadas, pero no por recursos históricos sino a través de dispositivos más bien de orden genético y universal. Serían los universales del lenguaje trasladados al mapa de lo que devendrían en breve tiempo las lenguas criollas.

Inclusive para reforzar este argumento, no solamente hay ese notable parecido, esta gran semejanza entre las lenguas criollas del área del Caribe, sino también de casi todas las lenguas criollas entre sí. Por ejemplo, se habla de la similitud que exhiben las distintas variantes anglocaribes que son prácticamente mutuamente inteligibles todas. Esas coincidencias también se trasladan a una semejanza entre las lenguas anglocriollas del Caribe con las anglocriollas del otro extremo del mundo, como es el anglocriollo hawaiano, es decir, de las islas Hawai. Según estudios empíricos (cf. Álvarez, 1990; Bickerton, 1981) hechos de manera muy detallada y con abundante documentación, no solamente se parece muchísimo el anglocriollo hablado en Hawaïi y los existentes en toda la cuenca del Caribe, sino que hasta hay cierta posibilidad de una intercomprensión mutua entre estas lenguas que históricamente jamás coexistieron, que nunca se

encontraron; puesto que cada idioma criollo de base léxica inglesa se conformó enteramente por su lado y las semejanzas serían, pues, de orden casi totalmente genético.

Algo similar cabría afirmar respecto de las amplísimas coincidencias y la posible intercomprensión entre el francés criollo del Caribe y el francés criollo de las islas Reunión en el Océano Índico. Su distancia geográfica es enorme y tampoco hay ninguna posibilidad de que los dos sistemas lingüísticos hayan obrado en sentido recíproco ni que haya habido algún tipo de convergencia entre ellos. Ocurre todo lo contrario. Los hechos indican que históricamente la separación ha sido y sigue siendo totalmente invencible: una discontinuidad completa entre los sistemas, una distancia geopolítica formidable. Es extrañísimo todo esto y parece darle un fundamento, si no inexpugnable por lo menos muy significativo, a esta tesis de la creación de las gramáticas de las lenguas criollas a partir de la gramática básica o fundamental que estaría inscrita, inserta, en cada cerebro humano, independientemente de las vicisitudes y contingencias históricas.

Con todo ello, tampoco cabe olvidarnos ni nos podemos desentender de las reminiscencias africanas en la morfosintaxis de las distintas lenguas criollas. Esto nos lleva a concluir que en los momentos actuales debemos tomar en cuenta ambas teorías y construir una nueva que sea una superación del exclusivismo de cada una de estas concepciones y, por consiguiente, más integradora. Otro punto que debemos referir, y que ya mencionamos ciertamente, pero es necesario enfatizar, es la similitud entre todas las lenguas criollas independientemente de su origen léxico. Ello debe inducirnos a buscar una correcta teorización sobre la materia y la ubicación de las lenguas criollas dentro de las familias lingüísticas reales o posibles.

Intuitivamente cualquiera piensa que el papiamento es un descendiente del español y del portugués, una transformación quizás similar a la que sufrió el latín popular o vulgar en el momento

en que empieza a transformarse en las diversas lenguas romances, tales como el español, el portugués, el francés, el italiano o el rumano. Nos parecería que en esa misma forma el papiamento es producto de las transformaciones sufridas por el español y el portugués. El criollo inglés procedería del inglés a su vez, y el francés también habría dado origen a unos idiomas criollos muy similares, tales como el creole haitiano, el creole de Martinica y Guadalupe, el creole de Trinidad y tantos otros que son sistemas muy parecidos y mutuamente inteligibles en la cuenca del Caribe, y semejantes a otros creoles franceses de otros océanos y mares del mundo como ya se indicó.

Pero, hay otro punto que merece la pena si no discutir al menos mencionar en este contexto. Los que sostienen que el parentesco lingüístico no se establece o, por lo menos, lo relevante no es el léxico del idioma sino sus características gramaticales, afirman sencillamente que las lenguas criollas y sus respectivos antecedentes europeos no pertenecen a la misma familia: son lenguas tipológicamente distintas y en consecuencia también son idiomas pertenecientes a familias radicalmente diferentes, debido a la razón fundamental de que no coinciden en su basamento morfosintáctico. Esto se podría desvirtuar o por lo menos discutir con el argumento de que el parentesco entre las lenguas no viene dado solamente o principalmente por su filiación gramatical, morfosintáctica, sino más bien por las características o los componentes de su vocabulario básico: concretamente algo parecido a las doscientas palabras de *Swadesh* o cualquier otro listado de términos que nos remiten a los significantes y significados fundamentales para cada hablante, en su relación con el universo que trata de interpretar lingüísticamente.

Como el basamento, el vocabulario básico, de las lenguas criollas procede indiscutiblemente de algunas de las lenguas europeas mencionadas, en tal sentido pues la pertenencia a la misma familia de la lengua indoeuropea correspondiente está

totalmente fuera de discusión. Entonces sí podremos decir, basados en el criterio del vocabulario básico, que el papiamento es romance, igualmente el francés criollo es romance, el inglés criollo es germánico y así sucesivamente.

Finalmente tenemos que decir algo sorprendente, para completar esta breve revisión que se refiere a las lenguas criollas. A veces su complejidad es muchísimo mayor de lo que siempre se había supuesto. Estos idiomas han sido calumniados, tratados con cierto desparpajo y hasta con desprecio, como lenguas muy sencillas. Los estudios más recientes nos comprueban que no es así. Hay dificultades considerables de orden morfosintáctico, semántico y –sorpresa grandísima para algunos– hay pruebas contundentes de la naturaleza tonal de la fonología del idioma papiamento, algo que incluso a nosotros nos interesaría en el futuro explorar y estudiar en profundidad: el papiamento como lengua tonal, incluso hemos podido entrevistar, para corroborar esta hipótesis a cierto número de hablantes nativos, algunos de ellos lingüistas o con formación lingüística.

Según esto el papiamento contaría, como las lenguas africanas, con tonos distintivos altos y bajos, y en cierta forma también como las lenguas asiáticas del Extremo Oriente cuyo prototipo es el chino. Pero más que todo ahí se vería muy claramente la analogía y la continuidad histórica respecto de las familias lingüísticas africanas del Golfo de Guinea.

Es realmente apasionante discurrir acerca de cualquier tópico que tenga que ver con la especificidad, las características y particularidades de los idiomas criollos, en este caso del Caribe. Se trata de un venero nuevo de la lingüística, un verdadero descubrimiento de las ciencias sociales y humanas, de las disciplinas que se ocupan del lenguaje y de los fenómenos paralingüísticos y hasta metalingüísticos de todo orden. Es algo tan sorprendente y novedoso que con el solo abordaje de los diferentes aspectos, carriles, matices y territorios referentes al tema se abarcarían

incontables capítulos, artículos, inclusive libros, como ya efectivamente viene sucediendo.

IV

De todas maneras, nuestro particular interés por la fenomenología antropolingüística y nuestra lucha comprometida por la sociodiversidad en el mundo y, por supuesto, en el Caribe, creo que nos confiere algún título en particular para poder ofrecer aportes, contribuciones significativas a este campo y dar unas cuantas orientaciones, sin necesidad de pensar que todo deba ser aceptado o confirmado por investigadores ulteriores. El solo hecho de que esta temática suscite una discusión en profundidad será suficiente para dejarnos más que satisfechos de haber llenado parcialmente nuestro cometido.

Uno de los puntos que es necesario agregar es todo lo referente a la oficialización y conversión en idiomas escritos de los diferentes idiomas criollos caribeños, tanto costaneros como insulares. Hasta ahora ha habido una manifiesta división sociolingüística a lo largo de los cánones de la diglosia, una suerte de división de trabajo para las lenguas en contacto, en la que los idiomas criollos sacan siempre la peor parte. Dondequiera que se hablan y manifiestan una real vitalidad los idiomas criollos, se presentan fenómenos diglósicos de diferentes gradaciones y matices.

En términos generales ocurre, como por ejemplo en Haití, que las lenguas europeas mantienen cierto estatus, están reservadas para determinados usos oficiales y oficiosos, mientras que el idioma criollo mayoritario pertenece a la calle, al hogar, a la población cuando se comunica espontáneamente: el creole haitiano de base francesa, como es bien sabido. Pero los haitianos y en cierto modo todos los caribeños entre quienes se presenta una

fenomenología y una situación análogas están realmente preocupados, y en cierto modo cansados y frustrados, por esa forma mecánica, casi racista, demasiado eurocéntrica de diglosia, como se viene presentando el asunto ya hace bastante tiempo y de manera interminable, sin cambios ni salidas aparentes. Eso de que toda la literatura formal, el lenguaje escrito, el discurso oficial y político, el argot científico-técnico, transcurran invariablemente en idioma francés y que el creole franco-caribeño haya quedado en gran parte relegado hasta hoy a la profundidad existencial de los pueblos, a las relaciones informales y familísticas, al encierro de los hogares, a lo íntimo, a lo primario sin darle ningún tipo de sentido peyorativo al término: es algo que en opinión de una intelectualidad haitiana comprometida, y por extensión de los caribeños realmente preocupados por afirmar y afincar su especificidad, ya no podrá tener continuidad en el tiempo. El pueblo haitiano, igual que otros pueblos caribeños en esta situación, juega en esto su existencia futura. Se trata de algo que los convoca a realizar cambios en profundidad y vuelcos muy significativos, incluso de 180 grados en algunos casos.

Por supuesto que la oralidad, el lenguaje hablado, se ha venido reivindicando velozmente en la segunda mitad del siglo xx, a finales del milenio pasado. Ahora la oralidad, por fin, ya no se considera como una hermana menor de la escritura. Hay estudios muy serios que definen lo creativo, lo específico, lo insustituible en la comunicación oral, en los discursos y textos de literatura oral y de todo tipo de expresiones que emanan de la capacidad discursiva y comunicativa del ser humano, sin necesidad de recurrir a la intermediación escrita ni a ninguna otra (cf. Fernández, 2001; Pabón, 1995; Puertas, 1995). Esto es algo ya demasiado conocido y reconocido, aun cuando haya sectores muy reaccionarios y recalcitrantes para darle a lo oral ese reconocimiento y sobre todo permitir que ello se refleje en las culturas

oficiales u oficiosas y en la situación legal de los diferentes países donde se da esa diglosia idioma criollo-idioma europeo.

Pero lo cierto es que en Haití la movilización intelectual, tanto de los haitianos residentes en la isla como de la gente, en general, y de los intelectuales comprometidos que más bien han tenido residencia en el exterior, en carácter de emigrantes o de exiliados, ha impulsado a fondo una labor encomiable en pro de la estandarización, la utilización escrita y la puesta en vigencia en muchos campos nuevos de los idiomas criollos. En esto hay una analogía, por otro lado, con la situación positivamente cambiante de los idiomas indígenas o amerindios, que tienen por supuesto una significación también altísima en el Caribe, en todo el continente americano y mucho más allá.

Ahora bien, en la escritura y la oficialización de los idiomas criollos de cualquier procedencia hay que tener muy en cuenta que no se trata de suplantarlo, sustituirlo o incluso mejorarlo o corregir las deficiencias de la oralidad —como todavía muchos piensan y siguen sosteniendo— sino de abrir nuevos campos y acabar con una discriminación casi racista que condena a cierta inferioridad y a veces conspira contra la misma existencia y vitalidad de los idiomas criollos; y también de los idiomas propiamente indígenas o amerindios, los cuales, como dijimos, abundan también en el Caribe, como son los casos muy conocidos del miskito, del wayuu o guajiro, del garífuna y tantos otros.

V

Volviendo ya específicamente a los idiomas criollos surge una cuestión interesantísima, cual es la interpenetración o la permeabilidad —que es un hecho manifiesto— entre los códigos propiamente criollos y los idiomas europeos de los cuales los criollos

aparentemente se derivan. Es decir, se han revelado, estudiado y analizado en grado creciente los comportamientos sociolingüísticos en diferentes áreas tanto del Caribe como en otras regiones, junto a diversas zonas del mundo donde ocurren fenómenos similares. Hoy día ya nadie discute que la versión más europea y estandarizada de idiomas como el francés, el inglés, el español, presenta una codificación perfectamente cerrada y volcada sobre sí misma, como parte de la cultura y del mundo europeo. Si comparamos estos códigos eurocéntricos con los idiomas criollos en su versión más vernácula, más típica, transmitida a través de las generaciones y sobre todo habladas por gente de edad y de procedencia rural, vemos que el sistema gramatical de este código hondamente criollo contrasta muchísimo con la de sus pares europeos. Así, hay diferencias en todos los niveles de carácter fundamental y fundante entre el inglés y las diversas formas del creole inglés igual pasa con el francés al ser comparado con el criollo haitiano más castizo, por muchos considerado puro y legítimo, o el criollo martiniqueño, o lo que queda de este sistema en la Isla de Trinidad y Tobago, donde lamentablemente se perfila como bastante regresivo y ya difícil de revitalizar, aun cuando sobre este tema volveremos más adelante.

Al mismo tiempo, en el comportamiento real de los hablantes del criollo –inglés, francés o cualquier otro–, en el uso urbano, por ejemplo, de la juventud estudiosa que ha de recurrir fatalmente a la instrumentación de los idiomas europeos correspondientes, se introduce una cantidad de palabras, giros, expresiones, incluso marcas gramaticales procedentes de estos mismos idiomas europeos. Esto termina por cambiar el criollo castizo por otro más contaminado y europeizado, a través de gradaciones más o menos intermedias entre lo que sería el criollo idealmente puro y sus homólogos, es decir, el francés o inglés europeos, también idealmente puros. Esto ocurre incluso en relación con el papiamento y el español. El papiamento –pese a toda la influencia germánica, holandesa e inglesa, que incide sobre Curaçao, Aruba

y Bonaire— da pie a que el español sirva muchas veces de fuente de préstamos o de origen para calcos lingüísticos, no solamente léxicos sino morfosintácticos: a la hora de pasar a una versión escrita y, en cierta manera, oficializada de este idioma criollo de procedencia hispano-lusa. El papiamento literario y mediático se transforma de este modo en un sistema lingüístico bastante más hispanizado que su forma popular y más original.

Para muchos lingüistas este fenómeno se interpretaría como una gradación, una continuidad entre el criollo y el idioma europeo correspondiente, con matices intermedios, indisociables, inseparables, y formando una entidad virtualmente única constituida por dos extremos y sus infinitas o por lo menos numerosas gradaciones intermedias. Creo que esta versión de los hechos es un poco extrema y habría que corregirla, porque en ningún momento se trata de que el criollo deje de serlo por la asunción y la introducción de formas más europeas, a partir de las lenguas oficiales e históricamente dominantes. Tampoco el francés de las islas, el inglés estandarizado de las diferentes zonas del Caribe —por más elementos criollos que comporten estos ingleses y franceses locales enclavados en los Estados ahora independientes del Caribe, por más que se dejen permear por una relativa criollización de su vocabulario y a veces de su morfosintaxis— dejarán de existir y funcionar como inglés y francés frente a otra realidad como son los respectivos idiomas criollos ingleses y franceses. Entonces pensamos que no hay ni por qué tiene que haber una reducción a una sola fórmula, a una sola realidad, por mucha continuidad y permeabilidad que haya entre los sistemas respectivos.

De todas maneras, el hecho de la permeabilidad mutua continúa allí. Consideramos que, en el caso del inglés criollo y el inglés propiamente dicho en su versión caribeña, y análogamente en el caso de las variantes franco-creoles y el francés o los franceses estrictamente tales, pero hablados en el Caribe, se

constituye una especie de asociaciones lingüísticas, como una suerte de configuración dinámica y una sistematización que aun preservando la independencia de los sistemas no pretende establecer entre ellos una separación absoluta. Por tanto, es y siempre será perfectamente permisible que los idiomas criollos del Caribe sigan acogiendo y empleando elementos de las lenguas desprendidas del continente europeo, así como los sistemas lingüísticos franceses e ingleses locales, a pesar de su codificación básicamente similar a la de sus congéneres europeos, siempre tendrán la libertad de utilizar giros locales y de emplear formas incluso morfosintácticas y hasta particularidades fonológicas que recuerden en grado significativo las características de los idiomas criollos respectivos.

Estos sistemas dinámicos y continuos, esa especie de asociaciones estratégicas, signadas por una marcada diferencialidad mas no incompatibilidad, son una realidad inédita que marcan y en el futuro seguramente caracterizarán en grado aún mayor las realidades socioantropolingüísticas del mundo caribeño. Ello constituye también un elemento inédito, nuevo, muy específico, de creatividad que debemos tomar en cuenta al analizar estas realidades sociopolíticas y culturales en su conjunto. Para terminar, cuando nos referimos a que dada la persecución y el desplazamiento en el mundo entero de los idiomas más débiles y hablados por menor número de personas, ante la agresiva imposición económica, social y política de los grandes bloques lingüísticos constituidos, como es el caso del inglés, del francés, del español —sobre todo del inglés— denunciamos un retroceso a veces fulminante de las lenguas minorizadas que se sienten y en realidad están amenazadas, como es el caso indiscutible de las lenguas indígenas y criollas.

Tanto los idiomas indígenas como los idiomas criollos del Caribe están armándose, en tierra firme y en la parte insular, para defender su existencia, complementar su uso oral con el empleo

escrito, conquistar nuevos campos en los medios de comunicación, y sobre todo para poder ser utilizados plenamente en los diferentes niveles del proceso educativo y convertirse en idiomas oficiales; contrarrestando así los factores conducentes a su desplazamiento y permitiendo su revitalización y mantenimiento a través de las nuevas generaciones.

Tal fenómeno se presenta incluso en un país como Venezuela, que prácticamente cuenta sólo con elementos residuales de idiomas criollos, sobre todo el creole francés de la Península de Paria en el estado Sucre, en plena región oriental de Venezuela. Aun a pesar de la muy fuerte hispanización del país, los hablantes del creole francés procedente de Martinica, que existen en la Península de Paria, están haciendo, junto con profesionales aliados, una labor interesantísima por recuperar ese legado y convertirlo en un patrimonio vivo de la nación venezolana. Lo propio se viene haciendo en el terreno de las lenguas indígenas, que tampoco se dejaron ni tienen por qué dejarse apabullar por realidades más fuertes y expansivas, solamente por el prejuicio que existe contra los idiomas, los pueblos y las identidades y culturas que son supuestamente más débiles, más vulnerables y expuestas a ser arrolladas, incluso arrasadas, por un omnipresente imperialismo político, social y cultural.

IV PARTE

¿EXISTEN LAS CULTURAS DEL TRÓPICO?

I

Una de las curiosidades, por así decirlo, de las ya referidas reuniones del año pasado en la ciudad de Caracas denominadas Diálogos de Civilizaciones –diálogo nacional e internacional– ha sido cierta insistencia, para muchos sorprendente, incluso para mi persona bastante inédita, acerca de una nueva creación tipológica que podría recibir el nombre de culturas tropicales o culturas del trópico (cf. Bracho, 2001: III). Esto es algo que desde un primer momento despierta en cualquier persona preocupada, sobre todo si tiene que ver con las ciencias sociales, inquietudes muy manifiestas y muy lógicas. Es hasta normal que ocurra esa suerte de azoramiento frente a planteos que nos sitúan inmediatamente en planos muy complejos y diferenciados de la realidad.

Por un lado, para los que ven el Caribe con ojos de turista, de persona que se pasea por sus playas, que disfruta de su calor físico y humano, de sus particularidades ambientales y biológicas, de sus ricas expresiones culturales incluso de carácter lúdico, por supuesto, musical y, por qué no decirlo, culinario, les produce más bien algo como una sensación de descubrimiento, de enriquecimiento interior el reflexionar sobre un término tan poco convencional como culturas del trópico.

Es interesante anotar aquí que el presidente venezolano Hugo Chávez ha sido y es un entusiasta de la introducción de ese término, precisamente a raíz de sus extensos viajes por el sur del continente asiático, por los países africanos, por el resto de América Latina. Él compara la parte caribeña de Venezuela, que es bien extensa e importante como se sabe, con las islas del Caribe, pero también extrapola en seguida y habla de analogías

importantes con Nigeria, junto con la mayor proporción del continente africano, así como la parte tanto insular como de tierra firme del sur del continente asiático. Él sentencia para algunos de una forma apresurada, pero no por eso menos digna de atención, sobre las grandes analogías que hacían que él se sintiera como en casa, muy realizado, contento y distendido, como bien ambientado en una realidad como la de Nigeria o la de Malasia. Tales analogías percibidas por él y por tantas personas –de una manera u otra– no dejan de despertar curiosísimas sensaciones de identidad, de pertenencia, de familiaridad inclusive. Es algo que tal vez no se preste para formulaciones científicas o académicas en el sentido convencional. En nuestro caso, se trata de una persona que en ningún momento ha pretendido ser científico social ni mucho menos antropólogo o experto en diversidad cultural. Muy a pesar de ello, lo cierto es que afirmaciones como las de Chávez son compartidas por millones de personas de muy diferente procedencia geopolítica y tampoco son totalmente ajenas a una percepción espontánea, intuitiva, de los propios científicos sociales como tales. Con todo, obligatoriamente, la antropología y en general la ciencia social convencional y académica tiene que comenzar negando hasta la pertinencia del concepto.

De esta manera, un antropólogo formado en los cánones habituales de su ciencia, de su disciplina más estricta, rechaza términos y conceptos de esa naturaleza. En primer lugar, lo hacen pensar en el determinismo geográfico, ya tantas veces propuesto e igual número de veces desacreditado, desinflado. Nos retrotraen a autores como Ratzel, a tantas corrientes que hoy consideramos poco pertinentes para el cabal desarrollo y expansión de las ciencias sociales. Sabemos perfectamente que las diferentes culturas tienen génesis múltiples, en cierta manera la difusión y el contacto entre ellas ha sido más bien de carácter limitado, la permeabilidad entre formaciones socioculturales –incluidas las del trópico– es un hecho todavía muy discutible y afincada sobre bases

sociohistóricas excesivamente heterodoxas y espurias. Además, esto se corrobora por los estudios genéticos; por la lingüística, la arqueología, la etnografía y la etnología.

Más bien, las ciencias sociales han caído en el extremo contrario de considerar cada cultura humana como un coto cerrado y ver los fenómenos de contacto como algo accesorio. Inclusive la propia concepción de ciertas asociaciones, interinfluencias o acercamientos –una dinámica intercultural– son mayormente sintomáticos de las últimas manifestaciones y escuelas de las ciencias sociales, y de ninguna manera algo que tenga que ver con su afianzamiento académico de corte positivista.

Sabemos perfectamente lo arriesgado que es afirmar una fuerte pertinencia de aspectos de carácter climático y geográfico para la configuración sociocultural de cualquier segmento de la humanidad. Sin embargo, en parte gracias a la insistencia de los organizadores, incluso a estas afirmaciones del presidente de Venezuela y a una serie de coincidencias que se dieron a lo largo de este diálogo de civilizaciones –por cierto, muy productivo en intercambios, en ponencias, en nuevas perspectivas y puntos de vista– no dejó en ningún momento de cobrar relieve el concepto de culturas del trópico. Afirma, por ejemplo, el etnobotánico Keshava Bhat:

“Las civilizaciones de los trópicos han aceptado un estilo de vida acorde al clima en que viven en armonía con el ambiente. Adoración de los recursos como deidades es común en tradiciones populares asiáticas, africanas o americanas. Además las similitudes entre diversas civilizaciones tropicales ameritan atención para su perpetuación” (Bhat, 2001: 27).

Si perdemos un poco de vista y ponemos entre paréntesis su poca presencia en la antropología académica y nos despojamos de todo el dogmatismo concerniente a cualquier determinismo o condicionamiento fuerte de carácter geográfico y climático; si

nos alejamos de todos esos extremos y asumimos una perspectiva, como debe ser, de carácter multifactorial, abierta y proclive a las innovaciones no solamente terminológicas, sino de carácter analítico transdisciplinario, nos parece que bien vale la pena adentrarnos en esta perspectiva tipológica con un espíritu más acucioso, con un mayor interés por el tema y con deseos de crear algo nuevo sin necesariamente llegar a formulaciones incompatibles con otros resultados indiscutibles y sólidamente afincados en la ciencia antropológica, a través de su existencia plurisecular.

Aquí –algo extrañamente– entramos un poco en el terreno de los estereotipos. Uno normalmente –sobre todo si parte de una visión academicista, quizás científicista y rígida, de unos objetos de estudio ya muy bien calibrados, configurados por una larga tradición investigativa– tiende a ver con un desdén, con desprecio –a nuestro modo de ver quizás demasiado apresurado y categórico– las sugerencias que entran a partir de ciertos –que no todos– estereotipos. En este momento, después de muchas reflexiones y sobre todo al cabo de innumerables discusiones con tantos pensadores, con colegas, con gente muy preocupada no solamente por el Caribe sino por muchísimas otras realidades análogas, hemos llegado a una postura algo más abierta. Somos más accesibles a intercambios antes anatematizados y a un diálogo tal vez más profundo y propenso a reformulaciones, en lo que concierne a una necesidad de estudiar más hondamente, con más cuidado, y aprovechar los elementos configurativos –sobre todo los de mayor dominancia– hasta de los mismos estereotipos. Éstos no dejan de ser símbolos contundentes, de mucha vigencia y sobre todo influyentes en ámbitos tan diversos como el pensamiento, las normas, las culturas materiales y no materiales, que mueven y preocupan al ser humano de todas las latitudes.

Los estereotipos vienen siendo símbolos provistos de una enorme potencialidad, con una eficacia insoslayable. ¿Cuáles son esos estereotipos del Caribe? El calor, la arena, el mar,

incluso el disfrute de la vida; una cesación de las actividades laborales por lo menos de parte del turista, de parte del viajero, pero también en cierto grado atribuida a los mismos nativos de estas islas y costas. El caribeño es visto como el que disfruta plenamente de la existencia, quien no tiene un temor demasiado evidente a ser considerado perezoso o hedonista por pueblos de otras latitudes, quien trabaja, pero no al extremo de no gozar los beneficios y ventajas regionales: climáticas, biofísicas, paisajísticas. Todo esto lo proporciona un ambiente tan peculiar y tan del trópico en sus diferentes manifestaciones, como es su brisa aterciopelada, sus acariciantes aguas, sus temperaturas picantes y efervescentes, sus innumerables bellezas naturales, incluida la cadencia de sus cantos, bailes y percusiones.

En este particular, por supuesto que nos molesta profundamente que un área cultural se trate de reducir a expresiones musicales o coreográficas estereotipadas. Nada de eso. Me parece que es de lo más ignorante: lo más elemental, grotesco y chapucero, tratar de hacer afirmaciones de esta índole. Pero no deja de ser una realidad, por ejemplo, la forma tan potente y tumultuosa como estas expresiones musicales y coreográficas muy extendidas se convierten en operadores culturales de primera magnitud: bien sea la salsa hispanocaribe, el limbo anglocaribe o el reggae de carácter más reciente. Todos permean de manera conspicua la identidad a flor de piel, la autopercepción más tangible e inmediata de los pueblos y culturas del Caribe. Me parece que sería incorrecto, antropológicamente hablando, descalificar totalmente los estereotipos sin tratar de repensarlos. Si bien se pueden desmontar en su elementalidad y en su versión excesivamente simplista y unilateral, no por eso dejan de adscribirse a una nueva, más completa y apropiada reformulación de estos mundos socioculturales.

Encuentro que de ahora en adelante habrá que seguir estudiando y, cuando sea necesario, desmentir todo lo negativo, lo

simplista, lo falso, lo mentiroso que tienen los estereotipos; pero también agarrar y retornar su parte veraz, válida y creativa. Hay que profundizar en vez de escaparnos de las manifestaciones más tangibles y sencillas por el solo hecho de que de alguna manera parezcan en un primer momento confundirse con la cursilería y con una visión demasiado apresurada de las cosas y, por tanto, contraria a cualquier planteamiento científico serio.

Nos resultan a menudo chocantes estas propagandas comerciales, sobre todo en nuestro mundo globalizado, de las agencias de viaje, de las oficinas turísticas; donde presentan, por ejemplo, unas costas con sinuosas palmeras, un azul marino muy convencional, con una bellísima chica bronceada, típicamente playera, ejecutando algún paso de baile característico de una de las danzas locales, tan llamativas para el turista como deficientemente imitadas. Todo eso, repito, puede parecer un *kitch*, algo cursilísimo, elementalísimo, incluso algo que asociamos con la mercancía en su versión más burda, menos elaborada, como simple atractivo de tipo pecuniario, de carácter comercial y masificado.

No obstante, dada su atracción sobre tantos millones de personas —no solamente extrañas al mundo del Caribe sino a los mismos caribeños que en cierto grado se sienten representados e identificados en los estereotipos— es muy necesario que tales imágenes las tomemos en serio y nos propongamos analizarlas. Serán un buen insumo para una representación más seria e integral, si se quiere más científica de la realidad, pero sin salirnos totalmente de los indicadores y hechos sintomáticos que nos proporciona lo tangible, lo inmediato: lo concreto-real que no necesariamente constituye una pseudo-concreción en el sentido que le da Karel Kosík.

II

Dentro de esa visión surgen indefectiblemente pistas como las conducentes a estudiar coincidencias de carácter arquitectónico entre las diferentes culturas inscritas en el trópico. En el presente caso se trataría de analizar, por ejemplo, las semejanzas y diferencias que encontramos entre una u otra isla, entre una u otra costa del Caribe. Se dan, sin duda, esas coincidencias no siempre atribuibles sólo a causas de un común sustrato cultural o de una procedencia histórica, sino también influidas por el carácter climático y biológico de las diferentes zonas tropicales que son un dato más, un hecho fundante e importantísimo, dentro del conjunto de factores que siempre debemos considerar.

Esto no es circunscribirnos a ningún tipo de determinismo, y en modo alguno nos obliga o nos empuja a ver esta fenomenología de una manera simplista, fatalista o incluso fanática, que también podría ser el caso en algunas interpretaciones extremas. Por ejemplo, no puede ser totalmente casual la cantidad y calidad de coincidencias coreográficas, musicales, culinarias, de formas discursivas y formas de convivencia, de tipos de interacción de un culto al espacio abierto, de la coparticipación del cuerpo con el cosmos, la apertura de los poros y de la piel a la recepción de los rayos solares y de toda una serie de fenómenos atmosféricos. Son realidades inocultables que tanto han cautivado a propios y extraños, a vacacionistas y turistas; pero también a los mismos nativos, vale decir, a los portadores de este mundo cultural históricamente tan rico, complejo y antiguo como cualquier otro, pero no por ello desprovisto de este tipo de atractivos adicionales.

En tal sentido, me gustaría comentar, aunque sea por un instante, una comunicación oral dentro de una conferencia del conocido filósofo venezolano Arnoldo Esté, quien estuvo

ilustrando la presencia de pueblos de origen afroamericano en la geografía venezolana, especialmente en la parte caribeña. El mencionado catedrático insistió, hablando de estas comunidades, en lo siguiente: cualquier persona sensata y medianamente informada sabe de los amplios e importantísimos aportes de las culturas africanas y afroamericanas al acervo de la humanidad en materia de arquitectura, de artes plásticas, de oralidad, de música y todo lo que se quiera agregar. Sin embargo, aun si fuese cierto el estereotipo, esa afirmación tan apresurada, tan gratuita de que los pueblos de origen africano aportaron muy poco o prácticamente nada a lo que es el patrimonio civilizatorio de la humanidad, cuando observamos el hecho mismo de la cercanía de los pueblos africanos a la naturaleza, de su participación del contexto climático, de la apertura o la presencia de sus cuerpos a la hora de disfrutar y gozar su vitalidad inconmensurable, su alegría, su comunión entre sí y con el cosmos de esa forma tan manifiesta y tan clara. Aun cuando ese fuese el aporte principal e incluso único que este tipo de culturas hubiesen hecho a la humanidad, ¿acaso no sería prácticamente suficiente?, ¿habría necesidad de algo más para justificar la presencia y la participación de estos pueblos en el concierto universal humano?

Todas estas y muchas consideraciones similares podrían alimentar la introspección necesaria para poner al día y tratar de aclimatar, por decirlo así, en nuestro repertorio y reservorio intelectual y teórico la serie de concepciones conducentes a una mejor formulación de esta nueva categoría, si se quiere, de las culturas del trópico. Será una aportación tipológica nada desdeñable y creemos contar con base más que suficiente para contribuir a la apertura de una nueva línea de investigación al respecto y que en cierto modo cuenta ya con el beneplácito de sectores proclives a reivindicar el factor geográfico y ambiental, ecológico, por tanto tiempo desdeñado por formas convencionales de la antropología.

Sabemos que cada formulación que le sale al paso a lo convencionalmente aceptado y aprobado cuenta con su necesaria cuota de riesgo. Pero cosa muy distinta es el determinismo geográfico y climático. En todo caso se trataría de algo que nada tiene que ver con una debida discusión pormenorizada, empírica y complementaria con otra serie de factores igualmente pertinentes. Para ello, tenemos suficiente material con miras a forjar de una manera indeleble y perfectamente fundamentada este concepto de culturas del trópico, teniendo presente, por ejemplo, la construcción de las viviendas con materiales relativamente livianos, con ciertos espacios abiertos que resguardan del calor solar pero, al mismo tiempo, permiten la penetración de los agentes climáticos que hacen más agradable la permanencia del ser humano en su contexto. Por supuesto, también todo lo referente a esta liviandad tiene que ver con la protección contra los temporales, los vientos huracanados, en algunos casos las grandes tormentas pluviosas que en cierta forma inciden con carácter similar en diversas áreas de ese gran cinturón tropical que abraza el planeta. Pudiéramos continuar refiriéndonos a la vestimenta, a la culinaria, y a multitud de aspectos de la cultura material.

Sin embargo, en este momento nuestra intención no es de carácter explicativo ni de explicitar, concretar elementos muy específicos para efectos de realizar ese trabajo, ese cotejo de naturaleza intercultural. Nos conformamos con dar los primeros atisbos, algunos indicios para sugerir estudios empíricos posteriores, que aprovechen esta veta tanto teórica como de praxis social que, con toda probabilidad, incluso me inclino a decir que con toda seguridad, va mucho más allá de lo que algunos de nosotros hace unos años hubiéramos nunca supuesto. Ahora bien, el aprovechamiento de estos elementos inclusive de carácter simbólico primario, muy tangibles, frecuentemente estereotipados, es perfectamente defendible desde cualquier punto de vista disciplinario y transdisciplinario. Igualmente resulta cierto

que no podemos jamás, nunca deberemos utilizar semejantes criterios para una nivelación hacia abajo, una simplificación de las diversas configuraciones culturales con que cuenta la región caribeña.

Curiosamente —y es interesante que la co-ocurrencia tenga lugar precisamente en el contexto de este trabajo, de este análisis que estamos emprendiendo— con las culturas del trópico podría ocurrir, y ojalá no suceda nunca, algo análogo a este foco de conflictos y de discusiones muy recias como ha sido la caracterización del mestizaje y otros conceptos análogos como la hibridación (cf. García Canclini, 1990). Si pretendemos reducir o por lo menos darle una preeminencia demasiado grande a un factor único, en este caso la tropicalidad, como algo fundamentalmente caracterizador, sencillamente estaríamos contribuyendo a un planteamiento de tipo deculturativo, idéntica y paralelamente a lo que hemos expresado un poco más arriba sobre el mestizaje. De ninguna manera se trata de buscar una unidad artificial y para fines principalmente políticos allí donde lo que predomina es la sociodiversidad, el diálogo de las especificidades y creatividades únicas que ojalá sean indelebles para siempre. Para insistir en una diferencia muy importante tratemos de observar, bajo lupa, el contraste evidente entre el Caribe anglosajón y el Caribe hispano, que en algún modo curioso y peregrino reproduce y extrapola antítesis similares en Europa, así como en el resto de América.

Aparte del reduccionismo climatológico hay que pensar también en otro gran peligro, al caracterizar incluso parcialmente estas culturas como signadas por el trópico. No se olvide que esa tropicalidad de alguna forma es un trasunto del edén primigenio, de un paraíso originario de la humanidad no tan ajeno al planteamiento que hace el libro del Génesis de la Biblia judeocristiana así como ciertas formulaciones mitológicas *in illo tempore*, es decir, en aquel tiempo, el tiempo originario, la

felicidad prístina, la edad áurea, la perfección de los primeros momentos del ser humano cuando nuestra especie comenzó a existir y que después, de una forma u otra, fue cambiando y transformándose en un ambiente más hostil, bajo la necesidad de morir, de trabajar, de pasar vicisitudes y necesidades de toda índole: una vez sobrepasado ese primer idilio, esta luna de miel de la humanidad con la creación divina.

Ocurre también que si desviamos el factor trópico o cualquier otro a una formulación de esa naturaleza, caeríamos muy rápidamente en una desatención y un grosero descuido de la inmensa problemática del Caribe como de muchas otras partes del globo terráqueo; especialmente lo que es el sur del planeta en todo lo referente a sus carencias, el abordaje de problemas ecuménicos como la explotación, la pobreza, la exclusión, la discriminación: las inmensas deudas financieras de prácticamente todos los países situados no solamente en el Caribe sino en los países fundamentalmente tropicales, y esto también agrega otro indicio, otro elemento más para estudiar un poco el trópico en su conjunto.

Si nos olvidamos de esa enorme población que espera el momento de encontrar un nuevo lugar en el contexto universal, realmente le haríamos muy flaco servicio a todos estos pueblos que merecen más que nadie, a raíz del sufrimiento, la esclavitud, el colonialismo de varios siglos, un planteamiento de convivencia, de armonía y de destierro de todo tipo de hegemonía de unos países sobre otros, de una parte de la humanidad por encima del resto de quienes poblamos este cuerpo celeste situado en el difícil trance del inicio de un nuevo milenio que, hasta la fecha, no nos ha brindado avances para un gran optimismo y una verdadera esperanza. Ojalá llegare a suceder lo contrario y pudiéramos ingresar cuanto antes en espacios de convivencia más fecunda y creativa para todos.

V PARTE

UNIVERSALIDAD Y LOCALISMOS EN EL CARIBE

I

El Caribe no cesa de brindarnos toda clase de sorpresas. Cualquier mente esquemática se pierde, se deslumbra y deja de funcionar al enfrentarse con una realidad tan multiforme, en muchos aspectos tan inédita, como lo es el mundo del Caribe. Un punto que necesariamente hay que tocar, que merece la pena examinar aunque sea en forma sucinta e introductoria, es la presencia de Estados insulares de extensión absolutamente mínima, quizás muy difíciles de equiparar con otras realidades geopolíticas incluso en áreas ecológica y climáticamente similares.

Desde prácticamente mi infancia, a partir de mis primeros años de estudio dedicado al hecho global humano, me ha llenado de fascinación y al mismo tiempo me ha planteado enormes e inquietantes interrogantes la posibilidad de existir tantas y tan bien caracterizadas entidades con rango estatal, entes soberanos, países completos, países que participan en pie de igualdad –por lo menos en lo formal– con naciones-estados muchísimo más grandes, más pobladas, incomparablemente más extensas que las minúsculas islas y ciertas extensiones costaneras de esta parte del mundo que denominamos el Caribe. Lo primero que se nos ocurre decir, incluso en situaciones de análisis de política o politología netamente convencional, es que estos no son Estados reales, que no es posible, resulta abusivo o por lo menos extemporáneo, incluso algo extraño, el hablar de países y Estados como las Antillas Neerlandesas, al igual que Trinidad y Tobago, Barbados y tantos otros que se distinguen por su alto número y también, a pesar de todo, por una estabilidad y una identidad características

que sería totalmente prejuiciado dejar de tomar en cuenta e ignorar a la fuerza y de manera deliberada.

Esto nos conduce a unas contradicciones intelectuales a veces insalvables dentro de la propia mente del analista. Ellas son, por cierto, también muy problemáticas e inquietantes para las poblaciones mismas que habitan en este mundo tan *sui generis*, tan peculiar, tan propio de las nuevas aperturas que se producen a partir de la segunda mitad del siglo xx. Es cierto que no todos los Estados caribeños caen en esa caracterización: está México que es un coloso, está Colombia y Venezuela que son países relativamente grandes. Pero cuando volvemos la mirada al conjunto de las islas y a Estados realmente minúsculos como Belice, como las tres Guyanas, estas preguntas no dejan de perseguirnos y desconcertarnos de manera tal vez única.

Nuestro gran asombro se enfatiza aún más cuando vemos localismos y manifestaciones particularizantes aun dentro de las realidades políticamente constituidas o que ya no lo son pero que al principio se concebían como Estados únicos. Por ejemplo, la separación entre Curaçao y Bonaire por un lado y Aruba por el otro –que recientemente han tenido una serie de incompatibilidades aparentes y de rivalidades evidentes–, instituye entidades políticas bien diferenciadas. Ciertamente existen bloques como Caricom, hay ciertos intereses comunes que no dejan de tener su plataforma y representatividad política entre los países del Caribe, y los constantes intentos multisectoriales de hacer aproximaciones de conjunto también son en parte expresión de este empeño. Sin embargo, la realidad subyacente es el mantenimiento ya desde hace muchas décadas de tantas insularidades políticas, que no han cesado de poseer su existencia propia, con notable vitalidad y arraigo dentro del cuadro actual de naciones.

En todo caso, la disposición geopolítica actual del Caribe nos confirma la persistencia de las fuertes identidades y particularidades locales, aun en una carrera tenaz hacia la globalización

en otras partes del planeta y en el mismo Caribe, porque encontramos en él fenómenos de alcance mundial con rasgos propios de otras latitudes e incluso presencia de personas de enclaves étnicos que en cierta forma reproducen las regiones pobladas de otras partes del universo. Esto tal vez nos haga ver que tienen razón quienes piensan –entre ellos nosotros, que siempre hemos sostenido estas ideas– que la globalización o mundialización no se opone a la sociodiversidad, que estos extremos de una u otra forma se sostienen mutuamente y en el futuro tanto inmediato como a largo plazo tenemos que contar con la validez plena de las identidades locales aun en medio de una unificación, en cierto plano muy acelerada y ya bien conocida, de la humanidad.

En esto y en otros aspectos el Caribe hace derrumbar definitivamente una cantidad de mitos muy propios de la tradición científico-social. Tanto es así que mientras más profundizamos en el análisis más nos percatamos de la inmensa cantidad de situaciones que merecen un estudio mucho más allá de los convencionalismos y de las tímidas aproximaciones a las que estamos acostumbrados. Por ejemplo, es notoria la carga problemática que debemos enfrentar a la hora de analizar la cuestión de las soberanías en el caso caribeño, sobre todo de las islas. Indudablemente, las islas son soberanas al igual que los pequeños Estados costaneros. Mas están provistas de una soberanía más bien restringida, es decir, una independencia de acción paradójicamente dependiente no tan sólo de lo que acostumbramos llamar la globalización a escala mundial y que afecta incluso a países poderosísimos como Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Es menester considerar, igualmente, la participación cada vez más conspicua de las islas y países caribeños en el contexto de ciertos bloques regionales y continentales. Y es impensable –más bien sería un signo alarmante de ingenuidad– el creer por un solo momento que en lo económico y hasta en lo político exista un alto poder decisorio de estos países –por más que lo

sean constitucionalmente— está totalmente fuera de cuestión, es irreal y absolutamente reñido con un conocimiento mínimo de la realidad. Lo cual paradójicamente no quiere decir que no haya estas soberanías parciales, que de alguna manera no se trate de independencias provistas de amplios espacios de poder, de decisión, de autonomía de acción, de diferenciación en el seno de una humanidad nunca enteramente global.

En esta conexión surge también ante múltiples experiencias —que hemos de ver con sumo cuidado— la interrogante de si para la humanidad no será —particularmente dentro del contexto global, mundial, en que vivimos— lo más ventajoso contar más bien con países minúsculos, casi soberanías enanas para acentuar y fortalecer un poder local en cada caso (para un punto de vista totalmente opuesto, consúltese Turraine, 2000). Una pequeñez manipulable no deja de coadyuvar de manera muy eficiente al planteamiento y a la solución de los diversos problemas y carencias que enfrentan los habitantes y a construir verdaderos proyectos de países mucho menos utópicos, más reales, que aquellos que emanan de los países gigantes como Brasil, México, la India o China. Inclusive, para ganar una mejor perspectiva no carecería de interés partir en nuestro análisis de la situación de mininaciones-estados fuera del contexto caribeño, aún más tradicionales y antiguas que las del Caribe.

¿No es acaso llamativo un intento de estudiar formaciones sociales y políticas como Luxemburgo, como Liechtenstein en Europa, como San Marino o Andorra que están entre los países más pequeños del mundo?: Por no citar el caso particularísimo del Estado del Vaticano, verdadera minipotencia mundial *avant l'heure*. No obstante, son tacitas de plata, son sociedades ordenadísimas, con alto sentido de identidad, pero al mismo tiempo capaces de resolver sus grandes y pequeños problemas. No constituyen formaciones conflictivas, todo lo contrario, son gobernables; su gobernabilidad es tal vez máxima: no son difíciles de

manejar. En adición, su estabilidad es notoria y en algunos casos ya desde el medioevo traen su origen. Nos acompañan desde la profundidad de los siglos.

Se trata pues de formaciones con carácter de ciudad-estado o incluso nación-estado, pero donde las relaciones son casi primarias o débilmente secundarias: donde la gente se enfrenta cara a cara, donde todos los habitantes, o casi todos, se conocen por los apellidos, por las familias, por una práctica social compartida. Allí no se evidencia la deshumanización, no hay el efecto hormiguero, esa artificiosidad de las grandes masas humanas —si bien no nos el término— no hay sociedades de masas, no hay masificación, no hay una colectivización más allá de lo que es la amplitud mental emanada de las posibles experiencias cotidianas de primer grado que animan al ser humano. Son culturas muy integradas e identidades que brotan de lo más recóndito del alma humana.

Trátase de cuestiones sobre las cuales cabe discutir mucho, opinar de manera discrepante pero que jamás, bajo ninguna condición, cabe soslayar. Hablamos de unas sociedades que funcionan cara a cara, que son autónomas aun cuando sujetas a las soberanías limitadas y restringidas dentro del esquema regional y global. Pero, dicho sea en su defensa que tampoco, recalcamos, los grandes países carecen de inmensas restricciones en materia de soberanía. Y tiene que ser así, esto es ineludible, porque el encuentro de pueblos y culturas en el mundo actual nos conduce en esa dirección: prescribe y obliga a los diversos Estados a sujetarse a una cantidad creciente de normas internacionales en materia de derechos humanos y a maneras de proceder en los ámbitos ecológico, económico y político. Así tiene que ser un encuentro entre culturas y civilizaciones. Todo lo cual, de alguna manera, no sólo es el signo de los tiempos, sino que configura la única orientación histórica, la única secuencia procesal que cabe tomar en cuenta en el presente escenario del mundo en que vivimos.

II

Más que nunca antes en la historia, somos testigos del encuentro de lo más macro con lo más micro. Es interesante acotar en el presente orden de ideas las grandes y legítimas inquietudes de un gran escritor venezolano y pensador de primera línea en el continente, Luis Britto García, quien merece un alto grado de respeto por haber elaborado una concepción propia, muy exigente, de la soberanía nacional y de las pruebas a las que está sometida hoy en día. La desarrolló, por cierto, en la misma reunión de Caracas que hemos venido reseñando. Nosotros no podemos suscribir muchos de sus planteamientos, si bien admitimos y compartimos en altísimo grado sus inquietudes y sus intenciones de introducir normas y formas de acción que habrían de conducir a una mejor convivencia dentro de la diversidad y pluralidad en el contexto mundial.

Bajando más a lo concreto dentro del planteamiento de Britto, él se queja por un lado de que las grandes potencias, sobre todo Estados Unidos, secuestran y pisotean las soberanías de todos los demás países incluyendo, por ejemplo, aquellos de América Latina. Para permanecer dentro del Caribe podemos mencionar México, Colombia y Venezuela, que son países grandes, pero de soberanía limitada en la práctica prácticamente por potencias más fuertes, especialmente por los Estados Unidos. Tal ocurre, en un grado muchísimo más extremo, con las islas a las que hemos hecho ya múltiples referencias en el presente estudio. De una manera para nosotros equivocada, aunque muy bien intencionada, Britto trata de convencernos de que la soberanía si no es ilimitada, si no es completa, es insuficiente y conlleva a una situación que debe ser denunciada y combatida.

Según Britto García, cualquier país independiente debería rescatar su soberanía total, la cual equivaldría a un poder absoluto, no compartido con el resto de los países del planeta. Precisamente, ese es el nudo gordiano del problema, es lo que nosotros no podemos suscribir por más vueltas que le demos a la parte positiva del planteamiento. Nos parece absolutamente correcto que frente a potencias como Estados Unidos, China, Inglaterra, Alemania, los países de América Latina y del Caribe carecen en altísimo grado de autonomía, de posibilidad y poder de decisión y de los atributos necesarios para formular sus propios proyectos y conducir, manejar y administrar los asuntos inherentes a su territorialidad y población. Ya hemos insistido en la normatividad internacional y otras tendencias mundiales que atraviesan y sesgan cualquier planteamiento que se haga sobre globalización y mundialización incluso en el sentido más progresista y plural, más sociodiverso del término.

Pero el problema del planteamiento de Britto no se queda allí. Él se apresura en pronunciarse de una manera muy categórica y contundente frente a los peligros de secesión, de separación, de desdoblamiento, de conversión en porciones soberanas menores, que amenazan a casi todos los Estados de América y de gran parte del mundo. Por ejemplo, se refiere múltiples veces a la tendencia muchas veces expresada de la formación de una República del Zulia, sustitución del actual estado Zulia dentro de Venezuela. En un análisis aún más fino todavía podríamos dividir en dos partes soberanas el mismo estado Zulia: un Estado en la ribera occidental del Lago de Maracaibo frente a otro Estado soberano en la ribera oriental de ese mismo Lago, ya que hay ciertas contradicciones que a la larga podrían conducir a una disputa sobre soberanías, que eventualmente producirían dos miniestados separados entre sí. Britto también hace eco de quienes se refieren a los derechos de los pueblos indígenas como potencialmente conducentes a planteamientos secesionistas,

a minúsculos estados dentro del Estado, y con ello a la ruptura de la soberanía de países como Venezuela, Colombia o cualquier otro. Dentro del marco del Caribe, también México contaría no solamente con regiones sino también con comunidades que, sin caer en proyectos muy volados ni demasiado audaces, podrían hacer uso de una petición de soberanía.

Frente a estas situaciones no está exenta ninguna parte del mundo y quién quita que en algún momento el estado de California, por ejemplo, reclame la independencia respecto de los Estados Unidos o, dentro de esos lineamientos, hago lo propio cualquier otro de los múltiples estados que forman este país de estructura política federal. A todo ello nosotros contestaríamos de modo provisional que un debate de esta magnitud, y al mismo tiempo de tanta sutileza, no cabe resolverlo en un par de páginas ni por obra de unos pocos autores. Esto merece una larga discusión que seguramente tendrá que haber sobre la materia, que tocará el problema del tamaño de los países, de los límites de sus respectivas soberanías, de las relaciones entre países y regiones más o menos autónomas en su seno, así como todo lo que implique la descentralización como tal en muchísimas partes del mundo. Estos temas y otros análogos habrán de manejarse como parte tal vez casi inédita de las formulaciones sobre sociodiversidad.

Así, en el caso del Caribe ya no cabe rechazar y menos aún atacar virulentamente o fustigar con el escepticismo la existencia y permanencia sólida de pequeñísimos países o territorios autónomos, insulares o no, al mismo tiempo y a menudo muy prósperos como es el caso de Aruba, las Antillas Neerlandesas, Barbados, las Islas Vírgenes, las Bahamas y tantos otros ejemplos que podríamos enumerar. En lo que respecta a los países grandes, dentro de esta misma línea de pensamiento cabría pensar en acentuar una tendencia ya muy fuerte a nivel mundial hacia la consolidación del poder local o regional en las regiones

y microrregiones. Ello se compagina también con la relativa y progresiva autonomía de las etnias indígenas y minoritarias, sin necesidad de crear tantos y tantos Estados pretendidamente soberanos; si bien donde ya estas naciones-estado ya estén creadas tampoco cabe plantear una necesidad de reagruparlas a la fuerza para unificarlas en entidades mayores: otra prueba de la diversidad en la diversidad, valga la aparente redundancia.

Creo que en cierta forma la tendencia de instaurar bloques continentales y cuasi-continentales, así como la mundialización a secas, se encargan suficientemente de no permitir una fragmentación total o excesiva de la humanidad. La prueba está en lo siguiente: tanto en el Caribe como en el resto del mundo, por lo menos en partes muy variadas y distintas entre sí, ya la descolonización como forma de lucha no implica necesariamente la separación respecto de las metrópolis históricas. Vamos a tratar de explicarnos y queremos que no se nos malinterprete, por cuanto lo que formulamos aquí forma parte de la dinámica de una vasta porción de la humanidad y muy particularmente de la región del Caribe a la cual nos estamos refiriendo ahora, con la mayor preocupación por su futuro. Queremos llamar la atención sobre el hecho de que hoy día Guadalupe y Martinica, aun constituyendo entidades perfectamente provistas de una buena identidad colectiva y aun cultural, ya no están buscando sino más bien rechazan una separación total respecto de la República de Francia, a la cual en cierto modo siguen perteneciendo. En otros términos, los guadalupanos y martiniqueños, aun siendo autónomos y perfectamente identificados con su propia trayectoria histórica y en posesión de sus especificidades, no quieren dejar de ser franceses. Son también franceses y, según todas las perspectivas, lo seguirán siendo indefinidamente.

Algo similar ocurre con las Antillas Neerlandesas en su relación con los Países Bajos que ya no es de carácter tutelar sino más bien de tipo asociativo. No sería imposible la secesión definitiva:

Incluso, según algunos analistas, hay sectores en Holanda que preferirían ver estas islas separadas totalmente, independientes y soberanas. Pero no ocurre esto sino que se prolonga indefinidamente y por la voluntad de los mismos antillanos la pertenencia, una especie de co-pertenencia, entre la Holanda europea y las Antillas Neerlandesas, en cierto modo una Holanda tropical, caribeña e insular sin dejar de ser ella misma, sin caer por otro lado en una definición eurocéntrica. Es algo sumamente interesante y complejo, pero que nos leva, nos transporta hacia una visión según la cual mundialización no solamente se produce en los niveles: máximos. Es decir, no se trata tan sólo de una progresión hacia la totalidad indivisible del globo, donde lo local tendría como referente secundario lo mundial, eliminando así cualquier tipo de formación intermedia o, por lo menos, debilitándola y reduciéndola a su mínima expresión.

En todo caso, somos relativamente optimistas frente a estas situaciones. Estamos convencidos de que dentro de un planteamiento de verdadera sociodiversidad las sociedades pequeñas y medianas, que tanto abundan en el Caribe, pueden y de hecho están pugnando por ocupar un espacio no solamente geopolítico sino de naturaleza integral dentro del nuevo concierto del ordenamiento mundial, el cual necesariamente deberá ser antihegemónico y descentralizado. Ultimadamente, lo que nos importa para una mejor convivencia y un diálogo más fluido entre las diversísimas formaciones socioculturales no es la magnitud de cada Estado, su inserción y relacionamiento con formaciones vecinas y a veces distantes. Será de mayor relevancia una equilibrada y compensada configuración donde lo local y regional asuman una cuota aceptable y viable de poder en todas las dimensiones de la actividad humana: dentro de un tipo de mundialización de carácter cada vez más democrático, intercultural, solidario, tolerante y explícitamente reivindicativo de la creatividad y de la autorrealización, no solamente de los pequeños colectivos sino

también del individuo, de la persona humana. Todo esto podría concebirse como una descentralización dentro del marco de la mundialidad, la cual —en vista de las muchas realidades donde parcialmente esta solución ya se está dando o está en proceso de fortalecerse— no plantea nada imposible, extemporáneo ni mucho menos indeseable. Sólo queremos agregar que en el ámbito del Caribe estas nuevas perspectivas, quizás más que en cualquier otra parte del globo, están acumulándose velozmente y van constituyendo una suerte de anticipación pionera de algo que seguramente habrá de venir en otras partes del globo. Se trata pues de otro de los aportes de fundamental importancia que enriquecen a la humanidad, a través de la rica experiencia caribeña, que debe ser examinada desde todos los ángulos posibles. El Caribe es un gran foco creador de nuevas e inéditas realidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA SAIGNES, Miguel (1961). *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- AGUADO, Fr. Pedro de (1918-1919). *Historia de Venezuela*. Madrid, Publicaciones de la Real Academia de la Historia.
- ÁLVAREZ, Alejandra (1990). *La búsqueda de un continuo criollo en el español de Venezuela*. Caracas, Trabajo de Ascenso, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- ARNOLD, Antonin (1985). *Haití en el Caribe*. Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- ARVELO-JIMÉNEZ, Nelly y Otros (1989). "Repensando la historia del Orinoco". En *Revista de Antropología*, 5 (1-2): 153-174. Bogotá, Universidad de los Andes.
- BARRAL, Basilio de (1964). *Los indios guaraúnos y su cancionero*. Madrid, Departamento de Misionología Española.
- BHAT, Keshava (2001). "Elementos para la reivindicación de la reflexión de una civilización tropical". En Programa y Ponencias del Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre el Diálogo de Civilizaciones: 27-30. Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Unesco, Sistema Económico Latinoamericano, Museo de Ciencias.
- BICKERTON, Derek (1981). *Roofs of language*. United States: Karoma Publishers.

- BIORD-CASTILLO, Horacio (2000). *Karí'ñas. Caribes ante el siglo XXI*. Caracas, Ediciones Grupo TEI.
- BOLAÑOS, Álvaro (s/f). *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de Fray Pedro Simón*. Caracas, mimeo.
- BRACHO, Frank (2001). *Introducción*. En *Programa y Ponencias del Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre el Diálogo de Civilizaciones*: 92-95. Caracas, Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Unesco, Sistema Económico Latinoamericano, Museo de Ciencias.
- Castellanos, Juan de (1850). *Elegios de varones ilustres de Indias*. Madrid.
- CERESOLE, Norberto (2000). *Caudillo, ejército, pueblo. La Venezuela del Comandante Chávez*. Madrid: Estudios Hispano-árabes.
- CIVRIEUX, More de (1976). *Los caribes y la conquista de la Guayana española*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- CORBETTE, Charles (2001). "Diálogo entre civilizaciones". En *Programa y Ponencias del Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre el Diálogo de Civilizaciones*: 92-95. Caracas, Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Unesco, Sistema Económico Latinoamericano, Museo de Ciencias.
- FEDERMANN, Nicolás (1916). *Narración del primer viaje*. Caracas.
- FERNÁNDEZ, Anabel (2000). *El culto a María Lionza: la eficacia simbólica del poder*. Caracas, Tesis de Grado. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela.
- FERNÁNDEZ, Mirta (2001). "Los dueños de la palabra africana". En *Cantauro Revista cubana de antropología*, N° 3: 183- 198. La Habana, Fundación Fernando Ortiz.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1974). *Apuntes sobre la cultura en nuestra América*. Cuba: Ediciones Abejón Mono.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1851-55). *Historia general y natural de las Indias*. Madrid.

- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Editorial Grijalbo.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1954). *Diccionario etimológico español e hispánico*. Madrid, Sociedad Anónima Española de Traductores y Autores.
- GILIJ, Filippo (1780-1784). *Saggio di storia americana*. Roma.
- GUMILLA, José (1971). *El Orinoco Ilustrado*. Barcelona.
- LANE, Phil (2001). "La libertad y los derechos humanos. Una perspectiva indígena". En *Programa y Ponencias del Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre el Diálogo de Civilizaciones: 59-64*. Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Unesco, Sistema Económico Latinoamericano, Museo de Ciencias.
- MORALES MÉNDEZ, Filadelfo (1989). *Del morichal a la sabana*. Caracas, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
- PABÓN, Marta (1995). "La recuperación de lenguas nativas como búsqueda de identidad étnica". En *Lenguas aborígenes de Colombia. Memorias 3 VII Congreso de Antropología: 1-2*. Santa Fé de Bogotá, Universidad de los Andes, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes.
- PUERTAS ARIAS, Esperanza (1995). "La lengua de Torotó: historia de una causa". En *Lenguas aborígenes de Colombia. Memorias 3 VII Congreso de Antropología: 91-110*. Santa Fé de Bogotá, Universidad de los Andes, Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes.
- POLLAK-ELTZ, Angelina (1967). *Cultos afroamericanos*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- RIBEIRO, Darcy (1970). *El proceso civilizatorio*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.

- SERBIN, Andrés (1990). *Caribbean Geopolitics: toward security through peace?*. Boulder, Lynne Rienner.
- SIMÓN, Fray Pedro (1882-1892). *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*. Bogotá.
- TOURAINE, Alain (2000). *¿Podremos vivir juntos?* México, Fondo de Cultura Económica.
- VALLOIS, Henri (1968). "L'anthropologie physique". En *Ethnologie Générale: 596-730*. Bruges, Éditions Gallimard.
- VELASCO, Francisco (2000). *Naturaleza y sociedad. Crítica del discurso biodeterminista*. Caracas, CENDES.

Reflexiones críticas en torno al Caribe
se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares.

Reflexiones críticas en torno al Caribe nos ofrece una mirada incisiva sobre la región caribeña a partir del conocimiento de las culturas y lenguas aborígenes. Explora la solidez y el impacto duradero de las cosmovisiones propias de la región, examinando los procesos de hibridación cultural que han moldeado la identidad caribeña, para resaltar su singularidad lingüística, destacando la importancia de estas lenguas como vehículos de identidad y resistencia. Una obra de lectura esencial para académicos, estudiantes y cualquier lector interesado en comprender las dinámicas socioculturales del Caribe. Mosonyi no solo expone, sino que también interpela, desafiando las visiones hegemónicas y proponiendo nuevas perspectivas para abordar los desafíos y las potencialidades de esta región estratégica.

BIBLIOTECA ESTEBAN EMILIO MOSONYI

ESTEBAN EMILIO MOSONYI (CARACAS, 1937)

Es un lingüista y antropólogo venezolano, figura clave en el estudio de las lenguas indígenas. Se formó en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y en la Universidad de California, Berkeley. Ha recibido múltiples reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cultura mención Humanidades (1998) y la Orden Francisco de Miranda. Actualmente, es profesor emérito de la UCV, donde ha impulsado la creación de programas de estudio interculturales. Su trabajo es fundamental para la comprensión y defensa de la diversidad etnolingüística en Venezuela y América Latina. Su obra se centra en la revitalización y dignificación de las culturas originarias. Entre sus libros se destacan: *El idioma guajiro: Fonología, morfología y sintaxis* (1975), *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* (1975), *La autodeterminación de los pueblos indígenas* (2000), *Identidad nacional y culturas populares* (1982) y *Aspectos de la génesis de la Educación Intercultural Bilingüe para los pueblos indígenas de Venezuela* (2006), entre otros. En la actualidad, se encuentra desarrollando su método para la enseñanza de la lengua caribana, que conlleve a su oficialización definitiva en la República Bolivariana de Venezuela.

